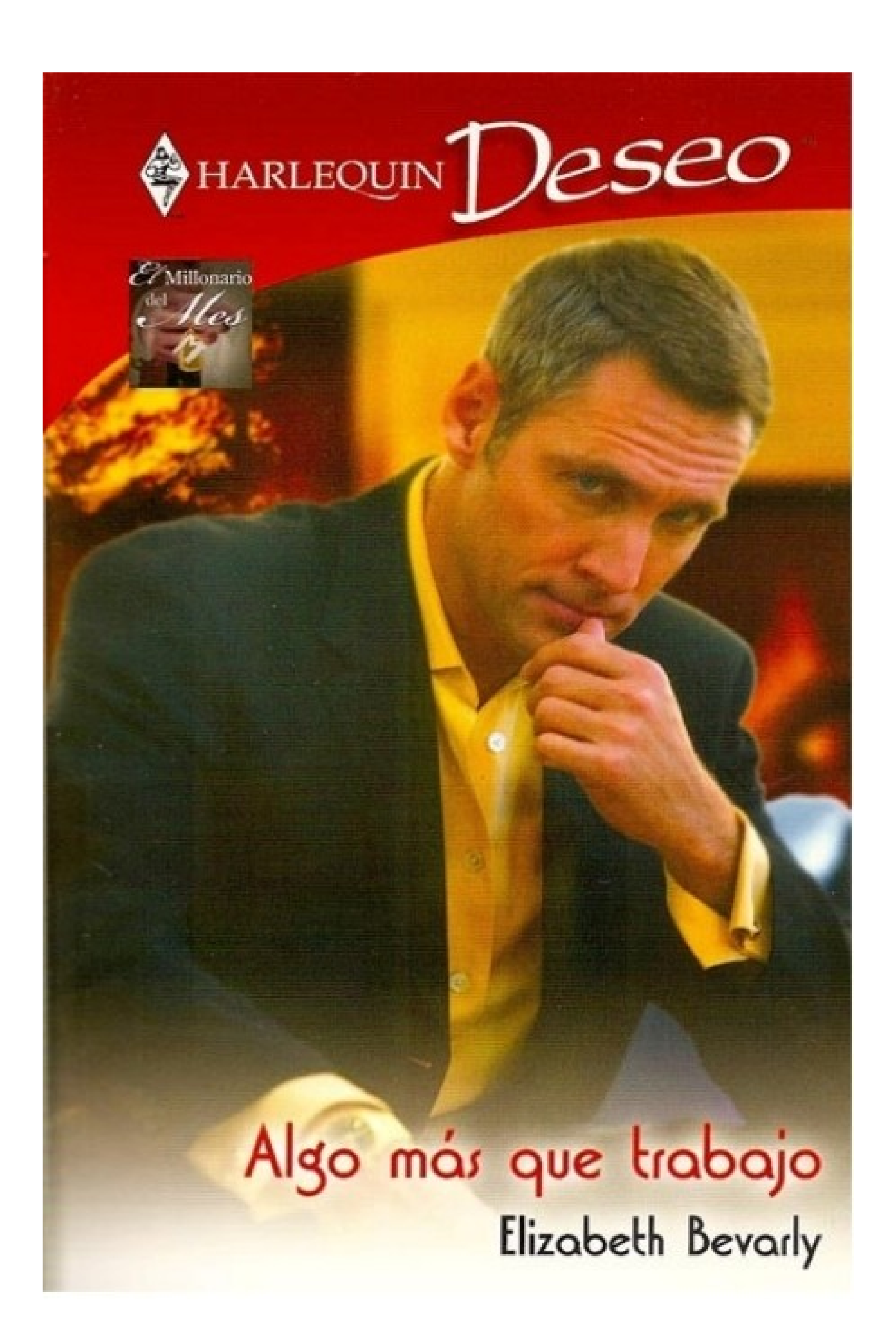

HARLEQUIN
Deseo
El Millonario del Mes
Algo más que trabajo
Elizabeth Bevarly

El millonario del mes era un hombre preocupado por perder a su ayudante…

Su eficiente secretaria y ayudante había hecho algo impensable que había dejado a Matthias Barton sin habla: se iba a trabajar… con la competencia.

Matthias se sintió furioso, traicionado y, sorprendentemente, también algo celoso. ¿Cómo había llegado a sentir aquello por ella? El deseo inesperado que Kendall le estaba provocando hizo que tomara una decisión. Iba a recuperarla… fuera como fuera.



Elizabeth Bevarly

Algo más que el trabajo

Deseo (El millonario del mes, 5) - 873

ePub r1.0
LDS 28.04.16

Título original: *Married to his business*
Elizabeth Bevarlyr, 2007
Traducción: Elena Rodríguez

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Algo más que trabajo (2008)
Título Original: Married to his business (2007)
Serie: 5º El millonario del mes
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo Miniserie 29
Género: Comtemporáneo
Protagonistas: Matthias Barton y Kendall Scarborough

Capítulo 1

Cuando Kendall Scarborough vio a su jefe lanzar su teléfono móvil por la ventana, se dijo que quizá aquél no fuera un buen día para presentarle su dimisión… otra vez. Pero iba a hacerlo… otra vez. Y esa vez no iba a volverse atrás.

Resultaba muy apropiado que una de sus últimas tareas como secretaria de Matthias Barton fuese a ser encargarle un móvil nuevo. Un buen número de ellos yacía en el fondo de la fuente frente a la cara norte del edificio de Barton Limited, donde estaba el despacho de su jefe. Era un empresario brillante, pero ya había demostrado que esos «chismes», como los llamaba, y él, eran totalmente incompatibles.

Kendall se subió las gafas, tomó el bolígrafo que llevaba siempre atravesado en el moño y se sacó del bolsillo del pantalón una libreta, donde anotó: *Pedir un móvil nuevo* antes de volver a guardarla.

—Señorita Scarborough, apunte… —comenzó a decirle Matthias mientras cerraba la ventana.

—Ya lo he apuntado, señor —lo interrumpió ella—. Esta vez le encargaré un Nokia; estoy segura de que le dará mejor resultado.

—Gracias —contestó él.

Se sentó de nuevo tras su escritorio y tomó las cartas que ella le había llevado para que firmara.

Kendall inspiró profundamente, tratando de reunir el valor suficiente para decirle lo que quería decirle. Siempre la había intimidado, desde el día en que había entrado en la compañía a trabajar para él cinco años atrás. Por entonces ella acababa de licenciarse en la universidad, y la había maravillado que un hombre tan joven estuviese ya al frente de su propia empresa. Matthias

había cumplido los treinta y dos años hacía poco y sólo tenía cinco más que ella, pero estaba a años luz.

Al entrar a trabajar para él Kendall se había propuesto observarlo con atención para descubrir el secreto de su fulgurante ascenso, pero había tardado poco en decidir que no quería emularlo. Matthias era un auténtico adicto al trabajo. La empresa lo era todo para él.

Ella, que además de su titulación universitaria tenía un master en Gestión de empresas, había sido consciente desde un primer momento de que podía aspirar a un puesto mejor que el de secretaria de dirección, pero había pensado que le vendría bien para adquirir experiencia y que el nadar entre los «tiburones» la prepararía para ese mundo al que tendría que enfrentarse más adelante.

Sin embargo, lo que en un principio había pensado que fuesen sólo un par de años se habían convertido en cinco, y estaba más que curtida para comerse crudos a esos tiburones. Iba siendo hora de que dejara aquel trabajo.

—Bien. ¿Por dónde íbamos? —le preguntó Matthias.

—Eh… acababa usted de concluir su conversación telefónica con Elliott Donovan, de The Springhurst Corporation, y yo… —inspiró de nuevo y le dijo de corrido—: Yo estaba a punto de presentarle mi dimisión con dos semanas de preaviso.

Y esa vez no iba a lograr hacerla cambiar de opinión.

Matthias levantó la cabeza al oírle decir eso y entornó los ojos.

—Señorita Scarborough… creía que ya habíamos hablado de eso.

—Y lo hemos hecho, señor; varias veces —asintió ella—. Y precisamente por ese motivo me parece que no debería sorprenderle. Ahora que su boda con la señorita Conover ha sido cancelada, ya no…

—El que hayamos cancelado nuestros planes no significa que ya no la necesite.

Kendall tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco.

Técnicamente la boda no había sido cancelada. Simplemente se había cambiado la fecha, el lugar donde se celebraría el banquete… y también el novio, ya que Lauren Conover, la ex prometida de su jefe, iba a casarse ahora con el hermano gemelo de éste, Luke.

Matthias no había entrado en detalles respecto a la ruptura del compromiso, pero a Kendall la noticia no la había sorprendido. Matthias le había propuesto matrimonio a Lauren sólo porque perseguía la fusión de Barton Limited con la empresa de su padre, y Lauren había aceptado porque… La verdad era que Kendall no sabía por qué había aceptado. Sólo había hablado en un par de ocasiones con Lauren, pero no le había dado la impresión de que estuviese enamorada de Matthias, y probablemente no lo estuviese. De lo contrario no se habría enamorado a renglón seguido de su hermano gemelo.

Por lo que contaban, ya que ella no conocía a Luke Barton, los hermanos no podían tener una personalidad más distinta a pesar de ser gemelos.

—No veo en qué podría hacerle falta —respondió—. Ésta es la época con menos actividad del año, y en las últimas semanas he estado adelantando el trabajo de un mes —le recordó—. Ahora que hemos aplazado ese viaje que tenía a Stuttgart ya no tiene ningún compromiso en el extranjero ni ninguna conferencia hasta septiembre. No hay nada tan urgente como para que la persona que me reemplace no pueda ponerse al día. De hecho, tendrá tiempo de sobra para hacerlo. Y de todas formas va a pasar el mes de julio entero en la cabaña de su amigo, así que me parece que es el momento perfecto para que yo…

—No puede irse, señorita Scarborough; necesito que se quede aquí mientras yo no esté —la interrumpió Matthias— Aun con todos los preparativos que he hecho…

«Querrá decir que yo he hecho», pensó ella malhumorada. No era un asunto de trabajo, pero como de costumbre se lo había cargado a ella.

—… es mucho tiempo; no puedo dejar esto desatendido durante un mes entero.

De modo que ésa era la excusa que iba a utilizar aquella vez, pensó Kendall. No sabía exactamente qué iba a hacer un mes entero en una cabaña a orillas del lago Tahoe. Lo único que sabía era que en enero había, recibido una carta del abogado de un amigo que había tenido en la universidad. Éste había fallecido, y su último deseo antes de morir había sido que los mejores amigos que había tenido en la universidad, seis en total, entre los que estaba también

Luke, pasasen cada uno un mes en aquella cabaña.

Matthias la había vuelto loca para que reorganizara su agenda y pudiera pasar allí el mes de abril, que era el que le había tocado, pero cuando no había podido atrasar la fecha de un viaje a Alemania, le había pedido que volviera a reorganizarlo todo para que pudiera cambiar de mes con su hermano Luke, a quien le había tocado julio.

Kendall habría preferido que hubiese ido en abril, y no sólo porque le habría ahorrado todo ese hacer y deshacer. El lago Tahoe era donde ella iba a hacer un cursillo de formación para su nuevo trabajo en la primera semana de julio, y no quería ni imaginarse que coincidieran allí.

—No puedo, señor —le reiteró—. Me han ofrecido un buen puesto en otra empresa y he aceptado. Además, me han dicho que tendré que hacer un seminario formativo de una semana. Empieza el uno de julio, dentro de dos semanas, y luego me incorporaré a mi nuevo puesto.

Matthias no dijo nada durante un buen rato. Simplemente se echó hacia atrás en su sillón y se cruzó de brazos. El modo en que estaba mirándola hizo que Kendall se sintiera aún más nerviosa.

—¿Ya ha aceptado?

Kendall asintió. Tenía que mostrarse firme y segura de sí misma.

—Eh… ¿sí?

Estupendo. En vez de como una afirmación había sonado como una pregunta. Eso demostraba que tenía una gran confianza en sí misma.

—¿Le importaría decirme en qué empresa?

Kendall se preparó mentalmente para la reacción de su jefe, pues sabía que no le iba a gustar nada su respuesta.

—Bueno… eh… ¿en OmniTech Solutions? —respondió, y de nuevo sonó como si se lo hubiese preguntado en vez de afirmarlo. «Por el amor de Dios, Kendall, tienes veintisiete años; no cinco», se reprendió irritada—. Voy a ser la nueva subdirectora y voy a estar a cargo del Departamento de Relaciones Públicas de la empresa.

Matthias frunció el entrecejo.

—¿OmniTech? —repitió—. ¿Quién diablos le ha ofrecido un puesto en OmniTech?

Kendall se preguntó cómo habría adivinado que no había sido

ella quien les había mandado su curriculum.

—Stephen DeGallo —contestó.

Matthias volvió a fruncir el ceño.

—¿El presidente de la compañía le ha ofrecido el puesto de subdirectora? —repitió con palpable incredulidad.

Kendall no veía qué había de increíble en ello. Estaba más que capacitada para ese trabajo.

—Sí, señor —respondió reprimiendo su irritación a duras penas.

Matthias la miró con los ojos entornados.

—Stephen DeGallo nunca coloca a personas ajenas a la empresa en puestos importantes; no se fía de los extraños. OmniTech funciona con una política de ascensos.

—Bueno, Stephen dijo…

—¿Stephen? —repitió él resoplando—. ¿Ya lo llama por su nombre de pila?

—Insistió en que lo hiciera, señor —contestó Kendall. «Al contrario que él», añadió para sus adentros, que no le había permitido tomarse confianza alguna con él a pesar de que llevaba cinco años siendo su secretaria—. Me dijo que mi curriculum era impresionante. Por si lo ha olvidado, me licencié con la calificación *Cum Laude* en la Universidad de Stanford, y allí realicé también un master en Gestión de empresas.

Matthias esbozó una sonrisa burlona.

—Oh, sí, estoy seguro de que DeGallo debe de estar muy impresionado con su… curriculum —respondió echándose hacia atrás en su asiento—. ¿No se da cuenta de que la única razón por la que le ha ofrecido ese puesto es porque OmniTech está disputándose con nosotros la contrata Perkins? Es evidente que espera que le diga todo lo que hemos hecho hasta ahora para conseguir que sea nuestra.

Aquel dardo envenenado tuvo en Kendall el efecto que su jefe había buscado, pero cuando le respondió lo hizo con calma.

—Eso demostraría una falta absoluta de ética profesional por su parte, señor. Incluso podría incurrir en lo penal. No sólo creo imposible que espere que yo le proporcione ese tipo de información, sino que además debe saber que yo jamás lo traicionaría a usted de ese modo.

—¿Ah, no? —inquirió él, mirándola largamente.

Kendall se quedó boquiabierta.

—Por supuesto que no. ¿Cómo puede siquiera preguntarme eso?

Matthias se irguió en el asiento.

—Señorita Scarborough… ¿Es que no ha aprendido nada en los años que lleva trabajando para mí? En el mundo de los negocios no existen los buenos samaritanos. Nadie va por ahí haciendo favores, y Stephen DeGallo menos que nadie —le dijo—. Ya que se ha pasado a la competencia, comprenderá que no puedo correr el riesgo de tenerla ni un minuto más en estas oficinas. Las dos semanas de preaviso ya no serán necesarias; está despedida. Recoja sus cosas inmediatamente. Haré que Sarah llame a seguridad y que la acompañen a la salida. Tiene diez minutos.

Tras decir eso tomó las cartas que Kendall le había llevado y se puso a firmarlas sin volver a alzar la vista hacia ella.

Kendall jamás habría esperado que reaccionase así. Había creído que, como siempre, intentaría convencerla de que se quedara con las excusas más inverosímiles.

Nunca habría imaginado que la despediría, aunque fuese a trabajar para la competencia. Barton Limited tenía muchos competidores. De hecho, le habría sido bastante difícil encontrar una sola empresa en el sector que no compitiese con Barton Limited.

Pero, sobre todo, había supuesto que se tomaría aquello como lo que era, un asunto de negocios, no de un modo… personal.

¿Personal? No, eso era imposible. Matthias Barton jamás se tomaba nada de forma personal. Si había reaccionado así era simplemente porque temía perder aquella contrata. Eso era lo único que le importaba.

—Sí, señor —respondió con aspereza.

Giró sobre sus talones y salió del despacho sin mirar atrás.

En cuanto Kendall se dio la vuelta, Matthias alzó la vista, pero fue sólo para maldecir en silencio cuando ésta cerró la puerta tras ella, tapándole la vista.

Tampoco era que hubiese nada que ver. Kendall Scarborough no era ninguna belleza. Llevaba gafas de bibliotecaria, moño de institutriz y dudaba que bajo esa ropa masculina que llevaba

hubiese siquiera curvas.

Claro que esa falta de atractivo era precisamente uno de los motivos por los que la había contratado, cinco años atrás, porque lo último que quería era una secretaria con la que sintiese deseos de intimar.

Una mujer bella era algo a lo que le resultaba muy difícil resistirse.

Creía haber encontrado la solución a ese problema al comprometerse con Lauren Conover, pero las cosas habían acabado torciéndose. No sólo le había parecido que Lauren era la mujer adecuada para un hombre de su posición, sino que además ese matrimonio habría supuesto la fusión de su empresa con la del padre de ella.

Lauren era hermosa, inteligente y chic y, aunque no había saltado la chispa de la pasión entre ellos, podrían haber vivido en una bonita casa, haber tenido crios… pero su hermano Luke había tenido que meterse por medio y estropearlo todo.

Sin embargo, Luke no era quien había estropeado las cosas con Kendall… que era todo lo que esperaba de una secretaria: pragmática, profesional y eficiente. En los cinco años que llevaba trabajando para él había sido su calendario, su asesora, su conciencia… y su espía.

Aquella última palabra hizo a Matthias contraer el rostro. No había sido justo al acusarla de que fuese a darle información a Stephen DeGallo. Claro que no le cabía la menor duda de que el motivo de DeGallo para contratarla era precisamente ése; intentar sonsacarle cuanto pudiese. En realidad, no creía a Kendall capaz de traicionarlo, pero lo había irritado tanto que hubiese aceptado un trabajo sin decirle antes nada, y que encima se tratase de un puesto en OmniTech…

Las veces anteriores, cuando le había dicho que quería dejar su trabajo, siempre había conseguido disuadirla. Sabía lo que valía Kendall, sabía que podía aspirar a mucho más que a ser secretaria de dirección, pero… podría haber escogido otra empresa.

Matthias resopló y sacudió la cabeza. En fin, tendría que arreglárselas sin ella. Contrataría a otra secretaria y problema resuelto. No podía ser tan difícil encontrar a otra secretaria pragmática, profesional y eficiente; a otra secretaria que se

convirtiese en su calendario, su asesora y su conciencia. Le diría a Kendall que se encargase de ello.

Justo cuando iba a apretar el botón del intercomunicador se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer. Había estado a punto de pedirle a Kendall, la mujer a la que acababa de despedir y a la que acababa de insultar, que buscase a alguien para reemplazarla.

Capítulo 2

OmniTech le pagaba a Kendall el viaje a Tahoe, y disfrutó del breve vuelo en primera clase. Incluso le habían alquilado un coche, un pequeño descapotable, que recogió al llegar al aeropuerto.

Aquello sí que era vida, se dijo mientras se ponía cómoda en el asiento de cuero y apretaba un botón para bajar la capota. Luego se abrochó el cinturón de seguridad, se puso las gafas de sol y sintonizó una emisora de *jazz* antes de salir del aparcamiento del aeropuerto.

Era el comienzo de una nueva y fantástica vida para ella y hacía un día realmente espléndido, un día que nada podría estropear. Nada… excepto el hecho de que, de pronto y sin saber por qué, se puso a pensar en Matthias.

En las dos últimas semanas no había dejado de acordarse de él, de revivir una y otra vez su último día en Barton Limited. Cuando salió a la autopista trató de pensar en otra cosa, en cualquier cosa para apartar aquello de su mente.

Todavía no podía creerse que la hubiera despedido. Después de cinco años trabajando para él, cinco largos años en los que Matthias no había tenido ni una sola queja de ella…

Le había visto darle la patada a unos cuantos empleados durante ese tiempo, pero siempre habían sido personas que se lo merecían, ya fuera por su incompetencia o porque le hubiesen mentido o engañado. Y ahora ella, que no había faltado ni un solo día al trabajo, y cuya ética profesional había sido siempre intachable, había recibido el mismo tratamiento.

Sin embargo, no era eso lo que más le molestaba. Lo que le molestaba realmente era el modo en que había reaccionado al ser despedida. Debería estar furiosa e indignada en vez de dolida.

Y lo primero que tenía que hacer era dejar de pensar en ello, se dijo. Ahora tenía que concentrarse en encontrar el hotel donde iba a alojarse; el Timber Lake Inn.

Para ser un lugar donde se celebraban reuniones de empresa y cosas así, era un nombre un poco raro. Parecía más bien el nombre de un hotelito rural. En fin, tal vez la idea fuese hacer que se sintiese más relajada.

Estaba entrando ya en la calle principal de Tahoe y comenzó a mirar los números de las tiendas y las casas para orientarse. Calculó que debía de estar a unas siete u ocho manzanas del hotel.

No había estado, en Tahoe desde sus años de universidad, pero apenas había cambiado, se dijo sonriendo. En el invierno las tiendas para turistas vendían esquíes y ropa para la nieve, pero ahora era verano y lo que se veían eran pistolas de agua, sombrillas, sombreros de paja para el sol, cañas de pescar… Algunas personas paseaban, parándose a curiosear en las tiendas, ataviadas con gafas de sol y ropa de verano, ligera y de brillantes colores, mientras que otras tomaban algo en una de las terracitas que había a lo largo de la calle.

Hacía un tiempo perfecto. El cielo estaba despejado a excepción de unas pocas nubes blancas, y soplaba una ligera brisa procedente del lago.

Una sonrisa acudió a los labios de Kendall. Iba a pasar una semana entera en uno de los lugares más hermosos del mundo, y se abría ante ella un futuro prometedor en OmniTech. Si se esforzaba, tal vez algún día llegase a presidenta de la compañía. Stephen DeGallo rondaba ya los cincuenta, era soltero y no tenía familia. Además, era conocido por lo generoso que era con sus empleados; no como Matthias, que…

Diablos, ya estaba pensando otra vez en él. Volvió a apartarlo de su mente y miró el número que había en la fachada del edificio que estaba pasando. Sólo un par de bloques más.

Cuando paró en un semáforo, miró su reloj de pulsera. Eran casi las tres de la tarde, justo la hora a la que había previsto que llegaría. Le habían dicho que a esa hora estaría lista su habitación. Se suponía que tenía que reunirse a las seis con Stephen y las otras personas que iban a participar en el seminario para una cena informal.

Era un alivio que después del viaje no tuviese que vestirse de etiqueta. Naturalmente, había metido en la maleta un par de trajes de chaqueta y pantalón, pero también vaqueros, pantalones cortos, camisetas y sandalias, para poder ponerse cómoda.

Sabía disfrutar de su tiempo libre; no era una adicta al trabajo como Matthias, que… No podía ser, ya estaba pensando otra vez en él.

El semáforo se puso en verde en ese momento, y Kendall apartó de nuevo a su ex jefe de su mente y pisó con suavidad el acelerador. Seguía sin ver ningún edificio que pareciese un hotel. Estaba llegando al último bloque cuando vio una señal que indicaba que girando a la derecha se llegaba al aparcamiento del Timber Lake Inn. Entró por allí con el coche, pero lo que se encontró fue un pequeño

Bed & Breakfast.

Si no fuera por el cartel sobre la entrada, que ponía *Timber Lake Inri,* habría pensado que se había equivocado de dirección. Qué raro. Parecía uno de esos hotelitos a los que iban las parejas de recién casados. En fin, tal vez Stephen DeGallo quisiese que sus empleados se sintiesen cómodos, al contrario que Matthias, que…

Oh, por el amor de Dios. Ya estaba otra vez. Kendall sacudió la cabeza y se bajó del coche.

Un hombre salió a recibirla. Debía de ser el botones, pero en vez de un uniforme llevaba unos pantalones cortos de color caqui y un polo con el logotipo del establecimiento. Entre ese atuendo y su bronceado, parecía más un surfista que un botones.

—Hola, bienvenida a Timber Lake Inn —la saludó con una sonrisa—. Soy Sean. Déjeme sus maletas; las llevaré dentro.

—Yo soy Kendall Scarborough —contestó ella, devolviéndole la sonrisa mientras abría el maletero—. Vengo al seminario de orientación de OmniTech.

Sean asintió.

—Ya. Bueno, sea donde sea el sitio en el que se celebra, seguro que podrá llegar a pie desde aquí. Esto es bastante céntrico.

—Pero si se celebra aquí —replicó ella, señalando el edificio.

El joven frunció el entrecejo.

—Pues es la primera noticia que tengo. Claro que estaba de vacaciones y he vuelto hoy. Lo único que sé es que tenemos aquí

alojados a los invitados de una boda y a los miembros de un club de remo que siempre celebran aquí su reunión anual.

Qué extraño, pensó Kendall. OmniTech era una empresa que sólo en San Francisco tenía cientos de empleados, así que había pensado que a aquel seminario acudirían todos.

Sean tomó su maleta y ella lo siguió al interior. El hotel era muy acogedor, con techos y suelos de madera, alfombras indias, cuadros de paisajes…

Subieron por unas escaleras a la derecha del área de recepción, y ya en el piso de arriba Kendall no vio ninguna sala de reuniones; sólo habitación tras habitación. La puerta de una se abrió y de ella salieron un hombre y una mujer que, por cómo iban agarrados el uno al otro y por el modo en que se miraban y se sonreían, debían de ser recién casados.

Cuando llegaron a su habitación y el botones abrió la puerta Kendall descubrió que la decoración era similar a la del resto del hotel. Había un balcón desde el que podía admirarse una vista magnífica del lago, un moderno televisor, un minibar y hasta *jacuzzi*.

Sobre la mesa de la sala de estar había un cesto con fruta y vino y, junto a éste, un enorme ramo de flores. Kendall se acercó y vio que en las flores había un pequeño sobre con su nombre escrito en él; su nombre de pila.

—¿Todavía crees que DeGallo te ha contratado por tu curriculum y tus aptitudes?

Kendall se giró al oír esa voz tan familiar y vio a Matthias apoyado en el marco de la puerta. Se quedó boquiabierta, aunque no tanto por la sorpresa de verlo allí como por el hecho de que estaba… distinto. Y no era porque estuviese vestido de un modo informal.

La ropa que llevaba estaba arrugada, tenía ojeras y parecía que hubiese perdido peso, como si no estuviese durmiendo ni comiendo bien y hubiese estado trabajando demasiado.

Bueno, ¿y qué si era así?, se dijo. No era asunto suyo si no se cuidaba, y no era problema suyo que la persona a la que hubiese contratado para reemplazarla no fuese competente. Ella no era su madre, ni él era ya su jefe.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, felicitándose por la

indiferencia que había inyectado en su voz. Nunca antes se habían tuteado, pero él acababa de hacerlo, así que ella no iba a ser menos —. En mi hotel, quiero decir; ya sé porque estás aquí, en Tahoe.

Matthias encogió un hombro y entró en la habitación. Sean, el botones, le entregó la llave a Kendall y se retiró, cerrando tras de sí.

—He hecho el trayecto desde San Francisco en menos tiempo del que tenía previsto, y hasta dentro de una hora no tengo que reunirme con la persona que está al cargo de la cabaña, así que me dije que pasaría por aquí para verte.

«Ya, seguro», pensó ella. Matthias Barton no era de la clase de personas que hacían visitas de cortesía.

—¿Qué quieres?

Matthias se metió las manos en los bolsillos y se preguntó qué respuesta podría darle. Quería muchas cosas. Quería hacerse con la contrata Perkins, quería que las acciones de Barton Limited se disparasen… y de acuerdo, sí, también quería una secretaria eficiente, como lo había sido ella. Todas las candidatas a las que había entrevistado hasta ese momento o bien no estaban suficientemente cualificadas para el trabajo, o bien tenían el cerebro del tamaño de un mosquito.

Pero, sobre todo, lo que quería era que Kendall abriese los ojos y se diese cuenta de algo que a él le parecía más que obvio: que DeGallo estaba tramando algo para sacarle información.

¿Qué había sido de la Kendall avispada y pragmática a la que él conocía? De hecho, mirando a la mujer que tenía frente a sí, Matthias apenas podía reconocer en ella a Kendall.

No llevaba el cabello recogido en un rígido moño, como siempre, sino que se lo había dejado suelto, y le caía sobre los hombros en una masa sedosa. Nunca había imaginado que lo tuviese tan largo. Bueno, la verdad era que nunca se había parado a pensar demasiado en el pelo de Kendall. También había prescindido de las gafas, y le sorprendió ver lo grandes que parecían sus ojos sin ellas, y el descubrir que eran de un verde grisáceo.

—¿A qué has venido? —insistió ella, devolviéndolo al momento presente.

Era una buena pregunta, se dijo Matthias, que aún no estaba muy seguro de cuál era el motivo por el que había ido allí. Le pillaba de camino, sí, pero aunque hubiese tenido que desviarse

habría ido allí de todas maneras.

Había indagado un poco… Bueno, había tenido que indagar bastante para averiguar en qué hotel iba a alojarse. El topo que tenía infiltrado en OmniTech… sí, tenía un topo, pero estaba seguro de que DeGallo tenía uno también en Barton Limited… pues bien, su topo en OmniTech no había podido averiguar mucho acerca de ese supuesto seminario de orientación por el que Kendall iba a pasar una semana allí en Tahoe, y resultaba más que sospechoso.

Su topo le había dicho que DeGallo no había contratado a nadie más para un puesto de relevancia recientemente, y además lo normal habría sido que ese supuesto seminario de orientación se hiciese en las oficinas de OmniTech y no en un romántico y acogedor hotelito a orillas del lago Tahoe.

—He venido a ofrecerte tu antiguo puesto —le dijo, sorprendiéndola tanto a ella como a sí mismo.

No, aquél no era en absoluto el motivo por el que había ido allí, pero tenía sentido que lo hiciera. De las candidatas a las que había entrevistado, ninguna estaba ni la mitad de preparada de lo que lo estaba ella. Además, estaba seguro de que, si le ofrecía un aumento de sueldo lo bastante tentador, conseguiría convencerla para que volviera. Al fin y al cabo, todo el mundo tenía un precio.

La razón por la que Kendall había dejado Barton Limited era que no se sentía valorada. Y tenía razón; él nunca le había dicho lo importante que era para la compañía.

No sabía cómo no se le había ocurrido antes aquello. Bueno, era probable que inconscientemente lo hubiese estado considerando y que eso fuera lo que lo había llevado allí. Sí, tenía que ser eso. ¿Por qué si no iba a haber ido allí?

Kendall, sin embargo, no parecía muy abierta a la posibilidad de volver a trabajar para él. De hecho, estaba mirándolo llena de indignación.

—Ya tengo un trabajo —le contestó con aspereza—, y estoy muy ilusionada con él.

En vez de responder a eso, Matthias se dirigió hasta las puertas cristaleras que daban al balcón y se quedó admirando el hermoso paisaje en silencio. Aquel lugar era otro mundo comparado con San Francisco y sus rascacielos, los coches, el ruido, la polución… En un lugar como aquél en lo último en lo que uno querría pensar sería en

el trabajo, y eso era lo que hacía que fuese tan sospechoso que DeGallo lo hubiese escogido para aquel «seminario».

Sintió a Kendall acercarse por detrás y, cuando se detuvo junto a él, una extraña sensación de paz lo invadió. Había estado en tensión desde el momento en que había salido de San Francisco. Los viajes lo impacientaban; le parecían una pérdida enorme de tiempo. Siempre estaba deseando llegar a su destino cuanto antes para poder ponerse a trabajar.

Pero esa tensión no se había disipado al llegar a Tahoe; ni siquiera al entrar en aquella habitación. Había sido justo en ese momento, al tener a Kendall a su lado. No había sentido esa calma, esa paz, desde… Bueno, al menos desde hacía dos semanas, las dos semanas que hacía que la había despedido.

Ella no dijo nada; simplemente se quedó mirando a través del cristal, igual que él, pero Matthias sabía que ella también debía de estar preguntándose si Stephen DeGallo no tendría algún motivo oculto para llevarla allí. Tenía que sospechar como sospechaba él. Kendall era una mujer inteligente, con buen instinto.

—Fíjate qué vista —comentó Matthias—. No se disfruta de vistas así en la ciudad… que es donde normalmente tienen lugar los seminarios de orientación —añadió con retintín.

Kendall no respondió; simplemente exhaló un suspiro cansado.

—Y fíjate en esta habitación —añadió él, dándose la vuelta y señalando en derredor con un ademán—. ¿A quién lo alojan en un sitio así para un seminario de orientación?

Kendall suspiró de nuevo y se giró hacia él.

—Voy a ser la nueva subdirectora de la compañía. Stephen sólo quiere causarme una buena impresión; eso es todo.

Matthias asintió levemente y fue hasta la mesa, donde había un enorme ramo de flores. Ningún hombre iba por ahí regalando flores así, ni para declararle su amor a una mujer, ni tampoco para pedirle que lo perdonara. Tomó el sobre que había en el ramo con el nombre de Kendall y se disponía a abrirlo cuando…

—Matthias, no…

Matthias se detuvo y alzó la cabeza, pero no porque ella estuviera pidiéndole que no abriera el sobre, sino porque lo había sorprendido que lo hubiese llamado por su nombre de pila.

Nunca, ni una sola vez en los cinco años que había estado

trabajando para él, lo había llamado por su nombre de pila. Y no lo había hecho porque él nunca le había dado permiso para hacerlo.

Le resultaba chocante que de pronto hubiera cruzado esa línea, pero no estaba molesto. De hecho, le había gustado cómo había sonado su nombre en labios de Kendall.

Es más, le gustaba el modo en que sus labios se habían quedado entreabiertos, probablemente porque se sentía algo avergonzada de haberlo llamado por su nombre, o quizá porque lo había hecho sin querer.

—No lo hagas —le dijo en un tono más firme.

Alargó la mano hacia el sobre y, sin saber muy bien por qué, él apartó la suya, poniendo el sobre fuera de su alcance. Kendall dio un paso adelante, pero vaciló, y finalmente dejó caer la mano.

Aquella victoria dejó extrañamente vacío a Matthias, pero aun así abrió el sobre y sacó la tarjeta. No estaba seguro de que la hubiera escrito DeGallo de su puño y letra, pero sin duda había sido él quien había escogido las palabras. Sacudió la cabeza y la leyó en voz alta:

—«Kendall, estoy impaciente por que te conviertas en un miembro más de la tripulación de OmniTech. ¡Bienvenida a bordo!» —luego miró a Kendall—. ¿Un miembro más de la tripulación? —repitió con desdén—. ¿No se le podía haber ocurrido nada más cursi?

Kendall lo miró irritada.

—Es una forma de hablar. Además, ¿qué le dirías tú a una nueva empleada?

—Le diría «A trabajar» —contestó él—. Y se lo diría en persona; no le escribiría una nota ñoña ni le mandaría un ramo de flores para hacerle creer que es más importante de lo que en realidad es.

Los ojos de Kendall relampaguearon y sus mejillas se tiñeron de rubor.

—No, claro que no. Porque nadie es importante para ti. Crees que el éxito de tu empresa se debe a ti y nada más que a ti. No aprecias la labor de todas las personas que trabajan para ti. Además, no te preocupas ni lo más mínimo por tus empleados, y cuando te descuides…

De pronto se quedó callada y con los ojos muy abiertos, como si se hubiera dado cuenta de que acababa de cruzar otra línea. Nunca

lo había desafiado de aquel modo.

—¿De verdad es eso lo que piensas de mí? —inquirió Matthias.

Ella sólo vaciló unos segundos antes de asentir.

—Sí, Matthias, eso es lo que pienso.

Una sensación cálida lo invadió cuando pronunció su nombre de nuevo. Debería irritarle que se tomase con él esas confianzas cuando no le había dado permiso, pero con aquella nueva Kendall mirándolo, aquella Kendall de sedoso cabello y fascinantes ojos verdes, lo único que acertó a decir fue:

—¿Ah, sí?

Durante un breve instante los dos permanecieron callados y no se movieron; ni siquiera respiraron. Luego los labios de Kendall se arquearon de un modo casi imperceptible en una sonrisa. Puso los brazos en jarras, en un gesto a la vez relajado y desafiante, y le preguntó de nuevo:

—¿Vas a decirme a qué has venido? ¿Querías algo?

Matthias no sabía qué contestarle. Por primera vez en su vida no sabía qué era lo que quería. Estaba demasiado aturdido por aquella desconocida, pero no quería parecer un tonto, así que metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó de él una agenda electrónica que se había comprado el día que Kendall se había marchado de la empresa. Se la tendió y le dijo:

—Sí. ¿No sabrás cómo funciona este chisme? No hago más que recibir correo basura y no sé qué he tocado, pero me salta cada dos por tres no sé qué aviso del calendario.

Alzó la vista hacia Kendall, que estaba mirándolo como si no pudiese dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —inquirió él.

Kendall fue hasta la puerta en unas cuantas zancadas, la abrió y señaló el pasillo con un dedo.

—Fuera. Ahora.

Matthias la miró boquiabierto.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que no vas a ayudarme?

—Ya no soy tu secretaria, Matthias.

—Pero…

—Fuera. Ahora mismo —repitió ella.

Matthias sacudió la cabeza con incredulidad, pero obedeció, y en cuanto hubo salido ella cerró dando un portazo.

Se dio la vuelta y pensó en llamar con los nudillos, pero se detuvo antes de hacerlo. Había mejores maneras de solucionar aquello, se dijo. Sólo tenía que averiguar cuáles, porque Kendall estaba cometiendo un error creyendo que OmniTech era el lugar donde debía estar. Él la necesitaba, o más bien su empresa la necesitaba, se apresuró a corregirse. Sólo tenía que encontrar el modo de hacer que ella se diera cuenta también.

Capítulo 3

Sin poder creerse todavía todo lo que había pasado hacía unos minutos, Kendall apoyó la espalda contra la puerta por la que Matthias acababa de salir.

¡Lo había echado! Dos semanas atrás no se habría imaginado capaz de algo así, pero cuando se había sacado aquella agenda electrónica del bolsillo le había hervido la sangre. Por primera vez en cinco años habían estado teniendo una conversación de igual a igual, y de repente él había vuelto a tratarla como si aún fuese su secretaria.

Pero lo más sorprendente no era que se hubiese atrevido a plantarle cara, sino que cuando le había pedido, o más bien ordenado que se marchase, él había obedecido sin rechistar.

Y luego… luego había habido unos cuantos momentos muy extraños, en los que él la había mirado como si no la reconociese. Ella también se había sentido rara, sobre todo por lo agitada que se había encontrado en su presencia. No era la primera vez que le había ocurrido, pero durante los cinco años que había trabajado para él no se había permitido explorar esos sentimientos.

El día en el que Matthias le había anunciado su compromiso con Lauren Conover, a Kendall le había sorprendido la reacción que había tenido. Ese día se había dado cuenta de que tal vez lo que sentía por su jefe fuese un poco más allá de lo estrictamente profesional. Nunca se había preocupado por las mujeres que entraban y salían constantemente de su vida, pero la idea de que fuese a casarse la había hecho sentirse… rara.

En un principio se había dicho que lo único que le pasaba era que estaba decepcionada de que un hombre tan inteligente como él fuese a hacer algo tan estúpido como casarse por conveniencia con

una mujer a la que no amaba.

Después había llegado a la conclusión de que lo que ocurría era que la irritaba profundamente que le hubiese encargado ocuparse de mil y un detalles de la organización de la boda cuando aquello no tenía nada que ver con su trabajo.

Finalmente se había visto obligada a admitir que tal vez, después de todo, sí que sintiese algo por él, y aquello la había hecho convencerse aún más de que tenía que dejar su trabajo en Barton Limited. Ni siquiera después de que se hubiese cancelado la boda había cambiado de opinión. Se había dicho que no podía arriesgarse a quedarse y acabar enamorándose locamente de Matthias, porque sabía que él jamás sentiría lo mismo por ella. A Matthias lo único que le importaba era su empresa. Sí, había hecho lo correcto. Sólo esperaba que tampoco se hubiese equivocado al aceptar la oferta de Stephen DeGallo.

Llamar «cabaña» a aquello era una obscenidad, se dijo Matthias cuando estaba ya acercándose a la enorme casa donde iba a pasar un mes entero. Si no hubiera sido porque ya había estado allí durante el mes que había terminado cambiando con su hermano Luke, habría pensado que se había equivocado de sitio.

Paró el coche, apagó el motor y se bajó. Luego sacó del asiento trasero su bolsa de viaje y se dirigió al porche, donde estaba esperándolo la mujer que estaba a cargo de la cabaña.

Era joven, rubia y de figura esbelta. Llevaba unas gafas de sol que le impedían verle los ojos, pero parecía bonita, y Matthias se encontró comparándola con Kendall y deseando, sin saber muy bien por qué, que hubiese sido ésta quien hubiese estado esperándolo para recibirlo.

—Imagino que usted debe de ser Mary —le dijo a modo de saludo—. Perdón por el retraso.

La joven asintió. Parecía decepcionada. Como él también llevaba gafas de sol, quizá lo hubiese tomado por otra persona.

—Bienvenido; soy la guardesa —contestó tendiéndole un manojo de llaves—. Ésta es la de la puerta de entrada, ésta la de la puerta trasera y ésta, la del garaje —le explicó señalándoselas una por una—. Déjelas sobre la mesa de la cocina cuando acabe el mes.

Le he llenado la nevera y las alacenas, pero si necesita algo más siempre puede ir al supermercado del pueblo, Hunter's Landing. Imagino que habrá visto el cartel al pasar el desvío de camino aquí. Si la cocina no es lo suyo puede ir a uno de los restaurantes del pueblo. En Lakeside Diner y Clearwater se come muy bien.

Tenía una voz agradable, pero el tono que estaba empleando era monótono, como si se hubiera aprendido todo aquello de memoria y estuviese recitándoselo sin el menor entusiasmo.

—¿Quiere que entremos para que le enseñe la casa y le explique el funcionamiento de los electrodomésticos y los demás aparatos?

—¿Aparatos? ¿Qué aparatos?

—Hay un *jacuzzi*, sauna, un televisor de plasma…

Matthias levantó una mano para interrumpirla. No le interesaban esa clase de cosas. Además no había ido allí para descansar; tenía un montón de trabajo por hacer.

—No será necesario, pero gracias de todos modos.

—En la puerta de la nevera le he puesto unos cuantos números de teléfono, incluido el mío, por si tuviese alguna emergencia, aunque espero que no tenga que recurrir a ellos.

Se quedó callada, escrutando su rostro, y luego simplemente le dijo adiós y se dirigió a su coche, un pequeño utilitario aparcado a unos metros de allí. Matthias tuvo una sensación extraña de repente, como si la conociese de antes. Era algo en su forma de hablar, o de caminar, pero no sabía qué era. Le recordaba… a alguien.

Mary se metió en su coche y se alejó rápidamente. Matthias apartó aquellos confusos pensamientos de su mente, entró en la vivienda y cerró la puerta tras de sí. Entró al salón y dejó con descuido su bolsa de viaje sobre un mueble. Le daba igual si dejaba caer alguno de los adornos; todavía estaba molesto con Hunter por hacer que todos hubieran tenido que reorganizar sus agendas para pasar un mes allí sin saber con qué objeto. Y también estaba molesto con él porque se hubiese muerto.

Sin embargo, poniéndose la mano en el corazón, con quien realmente estaba molesto era consigo mismo. No había querido perder el contacto con él y los otros «samuráis», el nombre que Hunter les había puesto en sus años de universidad. Simplemente había ocurrido. Había pasado el tiempo, los había separado la

distancia, el trabajo… La vida era así; la gente crecía y cambiaba.

Habían prometido que serían siempre amigos, pero él ni siquiera había sido capaz de mantener el contacto con su propio hermano. Claro que era comprensible cuando tu propio hermano te acusaba de hacer trampas en los negocios y te robaba a tu prometida.

La verdad era que había sido muy injusto con Luke, y que la relación entre ellos nunca había sido fácil. Desde muy niños su padre había alentado el espíritu competitivo en ambos de un modo nada sano. En cada ocasión Samuel Sullivan Barton había hallado la manera de enfrentarlos: quién conseguía más medallas en los *boy scouts*, quién vendía más papeletas en la rifa benéfica del colegio, quién marcaba más tantos en los partidos de baloncesto… Más que hermanos habían sido rivales.

A la muerte de su padre las cosas habían empeorado por las condiciones que había impuesto en el testamento: aquél de los dos que consiguiera ganar antes un millón de dólares con su trabajo, sería quien heredaría la propiedad. Matthias había ganado, pero había sido una victoria amarga porque Luke lo había acusado injustamente de haber hecho trampas, y durante años le había retirado la palabra.

No había sido hasta hacía poco cuando habían vuelto a verse, a raíz de que él se comprometiera con Lauren. En esa ocasión Luke se había tomado la revancha, arrebatándole a su prometida, de la que se había enamorado.

Matthias había acabado aceptándolo, pero la relación con su hermano gemelo seguía sin ser una balsa de aceite.

Suspiró, se metió las manos en los bolsillos y paseó la mirada por el salón. En la universidad todos habían hablado de construir una cabaña, pero esa palabra evocaba para él una imagen rústica, sin apenas comodidades.

Claro que aquella casa iba muy acorde con el carácter de Hunter; para él aquél debía de haber sido el ideal de un lugar de retiro: espacios amplios pero acogedores, bien amueblados, todo tipo de comodidades, paz y tranquilidad… A pesar de todo, Matthias tenía la sensación de que faltaba algo, pero no acertaba a averiguar qué era.

Tomó de nuevo su bolsa de viaje y se dirigió hacia donde suponía que estarían los dormitorios. Sus pisadas resonaban en el

silencio a cada paso que daba, recordándole que durante un mes iba a estar allí solo.

No estaba acostumbrado a viajar solo. No acostumbraba a tomarse vacaciones ni a viajar por placer, y cada vez que había hecho un viaje de negocios en los últimos cinco años, Kendall lo había acompañado. Por supuesto, aquél no era un viaje de negocios, pero si Kendall aún fuese su secretaria la habría llevado con él porque tenía intención de trabajar mientras estuviese allí para aprovechar el tiempo.

Cinco años, pensó mientras subía las escaleras que conducían al piso de arriba. En el marco de la vida de una persona cinco años no eran tanto tiempo, pero para Kendall él había sido su primer jefe; su único jefe. Había sido él quien la había guiado en sus primeros pasos en el mundo de los negocios, quien le había enseñado cómo sacarle el mayor partido a sus conocimientos, y ahora otro hombre la había seducido con bonitas palabras y la había apartado de él.

¿Seducido? ¿Apartado? Por el amor de Dios, parecía que fuese su ex amante en vez de su ex secretaria.

Por alguna razón aquel pensamiento no le hizo reírse de sí mismo, sino que se sintió extrañamente cansado, y se dijo que debería mandar el trabajo al cuerno y ponerse a hacer algo más…

Se paró en seco en el escalón en el que estaba. ¿Cuándo en toda su vida había mandado al cuerno el trabajo? ¿Y algo más… qué? ¿Qué había que fuese más satisfactorio que el trabajo? El trabajo lo era todo.

Hablando de trabajo… Se había dejado el maletín con su ordenador portátil en el maletero del coche. Y eso le recordó algo más: le recordó un problema que tenía con el programa de hojas de cálculo. No sabía qué había hecho, pero se le había descolocado todo el trabajo que había estado haciendo. Dichosa tecnología… Si Kendall estuviese allí sabría cómo arreglarlo. Pero Kendall no estaba allí y ya no trabajaba para él. Tendría que llamar a una empresa de trabajo temporal para que le enviasen a alguien.

Lástima que Kendall no estuviese allí, pensó de nuevo. Kendall habría encontrado a la persona adecuada y… ¿Se podía ser más patético? No necesitaba a Kendall para todo. Podía arreglárselas sin ella. Lo único que tenía que hacer era encontrar las páginas amarillas y buscar una empresa de trabajo temporal en la zona.

Bien, ¿dónde solía guardar la gente la guía de las páginas amarillas?

Capítulo 4

Esa tarde, cuando Kendall entró en el comedor del hotel, se encontró con que la decoración estaba en consonancia con la del resto del establecimiento, y la suave iluminación hacía que el ambiente fuese incluso… íntimo.

Matthias tenía razón; aquél no era el tipo de hotel en el que solían organizarse seminarios de empresa. Claro que estaba segura de que Stephen DeGallo debía de tener sus motivos para haber elegido ese lugar, se apresuró a pensar, expulsando a su ex jefe de sus pensamientos. El hecho de que aquel lugar fuera tan romántico era una pura casualidad.

Se tiró un poco de los puños de la blusa, como hacía siempre que estaba nerviosa. Stephen le había dicho que sería una cena informal y ella había escogido para la ocasión una blusa de color crema y unos pantalones marrones. De acuerdo, no difería mucho de como había ido vestida a la oficina durante el tiempo que había trabajado con Matthias, pero aun así no era demasiado formal.

Y si se había recogido el cabello en su habitual moño no era para compensar el ambiente tan poco profesional que había en aquel lugar, sino porque se sentía más cómoda sin tener que estar echándose el pelo hacia atrás todo el tiempo.

Respecto a las gafas… Bueno, podía haberse puesto las lentes de contacto, pero le había dado pereza.

Paseó la vista por las mesas, buscando una mesa con personas jóvenes que tuviesen aspecto de empleados que estuviesen allí por el seminario, pero sólo había alguna que otra pareja y un matrimonio con dos hijos adolescentes.

Miró su reloj de pulsera. Era temprano; tal vez los demás aún no hubiesen llegado, se dijo. Fue entonces cuando un hombre sentado

en el ángulo más alejado del comedor… y también el que estaba más en penumbra, se puso de pie y le hizo señas con la mano. Era Stephen.

Kendall levantó una mano también para responderle, algo vacilante, y se dirigió hacia allí.

—Me alegra verte de nuevo, Kendall —la saludo él en un tono cálido—. ¿Te ha ido bien el viaje?

—Oh, sí, sin problemas —contestó ella tendiéndole la mano—. Gracias por darme esta oportunidad.

Para su sorpresa, Stephen no le estrechó la mano, como ella había esperado, sino que la tomó suavemente entre las suyas. Kendall se dijo que aquello era un poco raro, pero de inmediato desechó ese pensamiento. Stephen simplemente estaba comportándose de un modo amistoso con ella, nada más. Lo que pasaba era que Matthias le había contagiado su paranoia de que, si le había ofrecido ese puesto, había sido sólo para sacarle información.

Era lo que ocurría cuando te pasabas cinco años trabajando para un adicto al trabajo; acababas olvidándote de que la gente también podía ser amable, aun en el ámbito de lo laboral.

De hecho, la sonrisa que en ese momento estaba dirigiéndole Stephen la hizo relajarse un poco. No era un hombre guapo, pero tenía cierto atractivo. Estaba en forma, y siguiendo sus propias normas se había vestido de un modo informal: un polo blanco y unos vaqueros. Sus ojos azules brillaban con inteligencia y buen humor, y a pesar de que el cabello rubio ya mostraba bastantes canas, el peinado que llevaba le daba un aspecto más joven de la edad que tenía en realidad.

Además, lo que le faltaba de guapo lo compensaba con su carisma. Era una de esas personas que sabía hacer que la gente se sintiese a gusto.

Después de que Stephen DeGallo le ofreciese el puesto, Kendall había estado indagando un poco sobre él en Internet. Al contrario que Matthias, para quien todo giraba siempre en torno al trabajo, Stephen DeGallo era un hombre que sabía disfrutar al máximo de su tiempo libre y que tenía otros intereses aparte de los puramente corporativos. Por ejemplo, participaba frecuentemente en campeonatos de vela y había fundado una asociación benéfica hacía

diez años que proporcionaba becas de estudios a jóvenes brillantes pero sin recursos.

El hecho de que no sólo fuera bueno en los negocios sino que además fuese una buena persona que se preocupase por los demás era algo digno de admiración.

Tomó asiento en la silla que él estaba sosteniéndole caballerosamente y entrelazó las manos sobre la mesa. Cuando él se hubo sentado también, esbozó una sonrisa profesional y, aunque era evidente que así era, le preguntó:

—¿Soy la primera en llegar?

—Bueno, en realidad ahora mismo eres la única que está aquí —contestó él.

Tal vez sólo hubiese sido producto de su imaginación, pero a Kendall le había dado la impresión de que Stephen parecía un poco incómodo. No, debía de ser que verdaderamente estaba paranoica por lo que le había dicho Matthias, aunque resultaba extraño que nadie más hubiese llegado todavía.

—Verás, es que los demás no vendrán hasta el miércoles.

¿El miércoles? Pero para el miércoles todavía faltaban dos días, pensó Kendall, confusa.

—Oh.

—Los otros ocuparán puestos de menor importancia, así que pensé que sería mejor que tuviéramos un par de días a solas para poder hablar de los procedimientos y protocolos que sólo atañen a tu cargo —le explicó él.

Bueno, visto de esa manera, tenía sentido, pensó Kendall.

—Pero antes, tomemos algo —dijo Stephen, haciéndole señas a un camarero para que se acercase—. ¿Qué te apetece tomar? Creo que aquí tienen un Pinot Noir que es excelente.

—Te agradezco la sugerencia, pero me parece que sólo tomaré agua mineral con gas —respondió.

Él se fingió ofendido.

—Vamos, Kendall; se supone que vamos a celebrar tu incorporación a OmniTech.

—Bueno, lo que he pedido tiene burbujas —apuntó ella con una sonrisa.

Stephen no insistió más y sonrió gentilmente.

—En ese caso, yo tomaré lo mismo —le dijo al camarero—.

Bueno, Kendall —continuó cuando el hombre se hubo alejado—, ¿qué te parece si empiezas por hablarme un poco de…?

—¡Stephen DeGallo!

Kendall dio un respingo al oír la voz de Matthias, pero logró contener su irritación.

A Stephen no pareció agradarle más que a ella que los hubiesen interrumpido, pero siendo como era un verdadero caballero, se puso de pie elegantemente para saludarlo y sonrió.

Kendall, por su parte, se giró hacia él en su asiento pero no se levantó, confiando en que esa pequeña descortesía le diese a entender que la molestaba que estuviese interfiriendo en su vida profesional como lo estaba haciendo.

—Matthias Barton… —lo saludó Stephen mientras se estrechaban la mano—. Cuánto tiempo. ¿Qué te cuentas?

—Bueno, aparte de que vamos a ser nosotros y no OmniTech quienes consigamos la contrata Perkins, la verdad es que no demasiado —respondió Matthias. Luego se volvió hacia Kendall y, fingiéndose muy sorprendido de verla allí, exclamó—: ¡Vaya, pero si es Kendall Scarborough! No te veía desde… —hizo como que estaba esforzándose por recordar. Desde luego, como actor no tendría mucho futuro, se dijo ella—. Bueno, desde que me presentaste tu dimisión con dos semanas de preaviso para irte a trabajar en otra empresa.

Kendall suspiró hastiada.

—Sí, si no contamos con que hace unas horas te presentaste aquí y me ofreciste recuperar mi puesto.

Entonces fue Stephen quien se mostró sorprendido, con la diferencia de que su sorpresa no era fingida.

—¿De veras? —inquirió, sonriendo divertido a Matthias.

Éste carraspeó incómodo.

—Bueno, fue únicamente un formalismo —contestó—. Siempre le ofrezco a mis ex empleados la posibilidad de volver una vez han tenido tiempo de reflexionar y darse cuenta del error que han cometido al abandonar Barton Limited.

Kendall resopló. Ya, seguro. Cuando un empleado abandonaba la empresa, en cuestión de una hora ya había ordenado al departamento de personal que destruyesen su expediente, y desde luego nunca se había oído que hubiese ido a buscar a ninguno de

esos empleados para ofrecerles la posibilidad de volver.

De hecho, en su caso la única razón por la que había ido donde ella estaba había sido para pedirle que le ayudara con la nueva agenda electrónica que se había comprado. Era evidente que la oferta que le había hecho para que volviera a ser su secretaria había sido algo que se le había ocurrido sobre la marcha, por si picaba.

—Bueno, Barton, yo diría que si apreciases de verdad las posibilidades de Kendall como yo lo hago no la habrías dejado marchar —apuntó Stephen.

Kendall iba a sonreír, pero en vez de eso frunció ligeramente el entrecejo. Aquello de sus «posibilidades» no había sonado muy profesional. Además, ¿qué había querido decir con eso? ¿Por qué no había dicho «aptitudes», o «talento», o «experiencia»? «Posibilidades» sonaba como si la considerase una hoja en blanco, o alguien a quien podría moldear a su antojo.

—Te aseguro, DeGallo, que Kendall era una de las posesiones más preciadas de Barton Limited. Espero que seas consciente de que va a ser un importante activo para tu empresa —respondió Matthias.

Kendall lo miró boquiabierta. Aquello era el colmo. ¿Una de las posesiones más preciadas de Barton Limited? ¿Un importante activo?

—¿Estás hablando de una persona o de un robot? —le espetó irritada.

Matthias bajó la vista hacia ella y pareció darse cuenta, por la expresión de su rostro, de que con ese comentario había metido la pata hasta el fondo.

—Eh…

—Porque si es así —continuó ella sin dejarle decir nada—, tal vez deberías revisar bien mis instrucciones de uso. No querría que Stephen pensara que ha adquirido un robot defectuoso.

Matthias tuvo la decencia de mostrarse casi avergonzado. Casi.

—Kendall, eso no es lo que yo…

Esa vez fue la risa de Stephen lo que lo interrumpió.

—A mí me parece que funciona perfectamente, Barton. De hecho, creo que este modelo va a resultar mucho mejor de lo que había pensado en un principio.

Matthias apretó los labios.

—Sí, es única en su género —masculló mirando a DeGallo con rabia.

—Y ahora trabajo para otra persona —añadió ella con una sonrisa burlona.

Matthias abrió la boca para responder, pero en ese momento regresó el camarero con dos copas y una botella de agua mineral con gas. Miró a Matthias y le preguntó amablemente:

—¿Va a unirse a los señores?

Ni siquiera alguien como Matthias podía ser tan insensible como para hacer algo así sólo por fastidiar, pensó Kendall. Y no lo hizo. En vez de eso le dijo al camarero que no, que se sentaría solo porque no quería entrometerse en una cena privada, pero, aunque había al menos doce mesas libres en el comedor, tuvo que ir a sentarse justo en la que estaba al lado de la suya.

Increíble, se dijo Kendall. Parecía que después de todo sí estaba dispuesto a fastidiarle la noche. Era evidente que con él al lado Stephen no iba a ponerse hablar de asuntos referentes a OmniTech, así que se pasaron la cena hablando de temas tan triviales como el tiempo, libros, películas y cine… entre los comentarios que Matthias hacía cuando le parecía, aunque nadie le hubiera dado vela en aquel entierro. Parecía que iba a ser una semana muy larga.

Capítulo 5

A la mañana del día siguiente a su llegada, el timbre de la puerta despertó a Matthias. Debía de ser la persona que había pedido que le mandaran de la empresa de trabajo temporal, pensó maldiciendo, incapaz de abrir los ojos. Haciendo un esfuerzo, miró el reloj despertador que había sobre la mesilla. Las ocho.

Debía de haber hecho algo mal al poner el despertador por la noche antes de acostarse, porque lo había programado para que lo despertase a las siete, la hora a la que solía levantarse. Medio dormido, miró de nuevo el reloj y se dio cuenta de que no era que hubiese hecho nada mal; el condenado reloj se había parado. Seguramente se habrían acabado las pilas. Tomó su reloj de pulsera, que estaba al lado, y vio que eran las nueve. Diablos. Nunca dormía hasta tan tarde. Además, le fastidiaba que lo pillaran desprevenido.

Apartó las sábanas, se incorporó y se frotó el rostro con ambas manos para acabar de despertarse.

Sacó una camiseta blanca de la bolsa de viaje, pues todavía no había deshecho el equipaje, y se la puso mientras bajaba las escaleras.

Bueno, por lo menos no desentonaba con los pantalones de chándal grises con los que había dormido, se dijo.

Estaba ya alargando la mano hacia el picaporte cuando se dio cuenta de que estaba descalzo. «En fin, ¿qué le vamos a hacer?», se dijo con filosofía antes de abrir la puerta. El joven que estaba de pie en el porche lo miró con extrañeza, pero no hizo ningún comentario sobre su atuendo, su pelo revuelto, sus pies descalzos, ni el hecho de que estuviera sin afeitar.

Tendría unos veintidós o veintitrés años e iba vestido impecablemente con un traje gris.

—¿Es usted el señor Barton?

Matthias se peinó ligeramente el cabello con una mano.

—El mismo.

—William Dentón, de DayTimers —se presentó el joven tendiéndole la mano— su nuevo secretario.

—Eh, eh, eh… —lo cortó Matthias levantando una mano—. No he dicho que estés contratado.

El joven William lo miró muy contrariado.

—Pero me dijeron que iba a pasar un mes aquí, en Hunter's Landing, y que necesitaba un secretario.

—Y así es —respondió Matthias—, pero no voy a dar por bueno al primero que me manden. Antes tengo que asegurarme de que tiene la preparación académica necesaria y…

—Oh, por eso no tiene que preocuparse —lo interrumpió el joven con una sonrisa—. Me apunté a la empresa de trabajo temporal para trabajar ahora en verano y sacarme un dinero y adquirir experiencia, pero me licencié en Ciencias Empresariales por la Universidad de Berkeley en el mes de mayo, y en otoño volveré para hacer un master en gestión de empresas. Estoy más que preparado.

Matthias miró largamente al presuntuoso joven.

—¿Ah, sí? —inquirió en un tono frío.

La confianza del joven Dentón pareció tambalearse un poco.

—Eh… sí —respondió a pesar de todo—, señor.

Matthias asintió y puso los brazos en jarras. Eso ya se vería. Sin invitarlo siquiera a pasar, le preguntó abruptamente:

—¿Cuáles son los principales desafíos que presenta el comercio electrónico en términos de organización y administración?

William parpadeó, como si los faros de un coche lo hubieran deslumbrado.

—¿Perdón?

Matthias sacudió la cabeza y suspiró.

—Muy bien, si esa pregunta le parece demasiado difícil, probemos con otra. En el modelo Ricardiano, el comercio entre dos economías similares no suele generar grandes beneficios. ¿Verdadero o falso?

William abrió y cerró la boca como un pez, pero no contestó.

Dios, pensó Matthias. Aquel chico no llegaría a ningún sitio si no

sabía responder siquiera a las preguntas más simples.

—De acuerdo, aquí va una sencilla: El coeficiente de liquidez y el coeficiente de disponibilidad son el indicador por el cual se miden… A) la liquidez de una compañía; B) su eficiencia en el mercado; C) su rentabilidad; D) su tasa de crecimiento.

William frunció el entrecejo y volvió a abrir la boca, pero su cerebro no parecía dispuesto a cooperar.

Matthias sacudió la cabeza decepcionado.

—Lo lamento, señor Dentón, pero me temo que no tiene los conocimientos necesarios para…

—¡Espere! —lo interrumpió el joven—. ¡Ésa la sé!

—Lo siento, pero se le ha acabado el tiempo —le dijo Matthias —. Dígale a la gente de DayTimers que ya me pondré en contacto con ellos.

Y dicho eso cerró la puerta y se dio media vuelta.

—¡Es la A, liquidez!, ¿no? ¿No es así? —gritó el joven William desde fuera.

Sí, era la A, pero había tardado mucho en contestar, pensó Matthias. La persona a la que contratara durante un mes tendría que ser más ágil de mente, no tener miedo a dar su opinión y también tendría que ser sagaz. Como Kendall. Aquel tal William Dentón no le llegaba ni a la suela de los zapatos.

En fin, otro candidato que no tenía ni siquiera los conocimientos más rudimentarios. Tendría que seguir buscando.

Fue hasta la cocina, puso la cafetera y fue al salón a por la guía de las páginas amarillas, que había encontrado el día anterior después de mucho buscar. Se sentó en el sofá y buscó la sección de empresas de trabajo temporal. Se saltó el anuncio de DayTimers. Si después de lo mucho que había recalcado que necesitaba a alguien preparado le habían mandado a aquel chico, era evidente que no tenían nada mejor que ofrecer.

Tomó el teléfono, marcó el número de otra empresa de trabajo temporal y, después de pedir que le enviasen a una persona para que la entrevistase por la tarde, volvió a la cocina para servirse una generosa taza de café.

Pero la cafetera seguía vacía; ni una gota de café. Además, la jarra de cristal estaba fría. Estaba seguro de que le había puesto agua y café la noche anterior. Lo comprobó por si acaso. Sí; tenía

las dos cosas. Comprobó también que el cable estuviese enchufado a la corriente. Volvió a pulsar el botón. Nada.

Diablos. No era que fuese uno de esos personajes patéticos que no podían ponerse en marcha sin tomarse una taza de café bien cargado al empezar el día, de esos a los que les daban unos cambios de humor terribles cuando se veían privados de su dosis diaria de cafeína. No, claro que no.

Pero como a cualquier otra persona, le gustaba tomarse una o dos tazas a lo largo de la mañana; quizá tres si tenía tiempo. De acuerdo, a veces eran cuatro o cinco cuando tenía reuniones.

Volvió a pulsar el botón de la cafetera y se quedó mirándola fijamente mientras tamborileaba impaciente con los dedos en la encimera, ordenándole mentalmente que se pusiera en marcha.

Nada. Qué manera tan estupenda de empezar el día.

Sus ojos se posaron en unos papeles que había dejado sobre la mesa de la cocina la noche anterior. Era la última tarea que había hecho Kendall antes de comunicarle oficialmente su dimisión; un contrato entre Barton Limited y una empresa consultora que había pasado a ordenador y había impreso.

Matthias sonrió, volvió al salón y tomó el teléfono para marcar un número de móvil que se sabía de memoria.

—Kendall —dijo cuando ésta contestó—. Soy Matthias. Hay un problema con el contrato Donovan, el que hiciste justo antes de marcharte. ¿Podrías tomarte un par de horas libres esta mañana para venir a revisarlo? —le preguntó. Cuando ella comenzó a poner objeciones, añadió—: Lo comprendo, pero esto es responsabilidad tuya. Y es urgente. ¿A qué hora podrías estar aquí? —sonrió al oír la respuesta de ella—. Bien. Te prometo que no te retendré más de lo estrictamente necesario. Oh, y… Kendall —añadió antes de que pudiera colgar—: ¿te importaría pararte de camino en alguna cafetería y traerme un poco de café?

Capítulo 6

Tras llamar al timbre, Kendall resopló impaciente mientras esperaba a que Matthias le abriera y se pasaba el vaso de plástico con el café de una mano a otra. Le quemaba los dedos. Había resultado bastante embarazoso, por llamarlo de algún modo, tener que explicarle a Stephen por qué en el primer día del seminario iba a tener que tomarse la mañana libre. Y aunque él no se había mostrado muy contento, le había dicho que hiciese lo que tenía que hacer y que ya se verían después del almuerzo.

Él almuerzo… pensó Kendall. Con quien debería almorzar sería con él, su nuevo jefe, no con su ex jefe.

Cuando por fin Matthias le abrió, la sonrisa de alivio que se dibujó en su rostro al verla hizo que se ablandara un poco. En cierto modo la halagaba que aún la necesitara.

Matthias alargó las manos para tomar el vaso de plástico, levantó la tapa y se lo acercó a la nariz para inspirar profundamente. Luego tomó un sorbo y cerró los ojos mientras saboreaba el café. Cuando los abrió de nuevo bajó la vista al vaso y sonrió.

—Ah, sí, esto es lo que necesitaba.

Fue entonces cuando Kendall se dio cuenta de que aquella expresión de alivio había sido por el café, y no por ella. Sintió deseos de pegarle en la cabeza, pero apretó los dientes y se contuvo.

¿Por qué había accedido siquiera a ir allí a revisar aquel contrato? Ya no trabajaba para él, y no creía que fuese a demandarla por haber cometido un error en un estúpido contrato.

Si había ido allí no había sido por hacerle un favor, ni para complacerlo, se dijo. Había ido allí porque era una profesional; porque era concienzuda y responsable en su trabajo.

De hecho, le costaba creer que hubiese algún error en aquel contrato. Recordaba haberlo revisado un par de veces antes de entregárselo a Matthias. Además, ¿cómo era que todavía estaba pendiente ese contrato? Se suponía que tenía que habérselo enviado a Elliott Donovan hacía dos semanas.

¿Y por qué estaba tan desaliñado? De acuerdo, estaba de vacaciones, pero eran más de las diez de la mañana y parecía que acabase de levantarse de la cama.

Los pantalones de chándal que llevaba puestos estaban muy arrugados, la camiseta tenía marcas de haber estado doblada, y además no se había peinado ni se había afeitado.

A pesar de que desaprobaba la dejadez en un hombre, Kendall sintió un cosquilleo en el estómago. ¿Cómo podía estar tan *sexy* con ese aspecto desaliñado?

De pronto se encontró imaginándolo en la cama una mañana de domingo, así, con el oscuro cabello revuelto, los ojos pegados aún por el sueño… Se lo imaginó desperezándose sensualmente para luego sonreír a la mujer que yacía a su lado… que curiosamente se parecía mucho a ella.

Luego le acariciaba el hombro desnudo con un dedo y se inclinaba para besarla. La hacía rodar sobre la espalda, comenzaba a acariciar cada centímetro de su cuerpo por debajo de las sábanas y…

Reprimió un gemido y apartó esos pensamientos de su mente, pero cuando Matthias volvió a tomar otro sorbo de café y se pasó luego la lengua por los labios, no pudo evitar ponerse a fantasear con esos labios y esa lengua.

«El contrato», se recordó, «has venido por el contrato».

—Bueno, y… ¿cuál es…? Eh… ¿qué problema hay con el contrato Donovan? —consiguió decir al fin.

Matthias se quedó mirándola un instante, como si no supiera de qué estaba hablándole.

—Oh, sí, el contrato —murmuró—. Pasa —le dijo haciéndose a un lado.

Kendall entró y se esforzó por ignorar el agradable aroma del café mezclado con el aroma característico de Matthias. Era un aroma fresco, como una mezcla de olor a bosque y especias. Probablemente era el gel de baño que usaba, o su champú. Había

echado de menos ese olor durante esas dos semanas.

Kendall suspiró en silencio. ¿Qué era lo que le pasaba esa mañana? Estaba comportándose como si Matthias fuese un ex novio con el que hubiese cortado sin estar preparada.

Se giró en el momento en que Matthias estaba cerrando la puerta.

—¿Y bien? —volvió a preguntarle.

En vez de responder, él señaló las escaleras con un movimiento de la cabeza.

—Por aquí.

Mientras lo seguía, Kendall paseó la mirada por el salón. Quien hubiese decorado la casa tenía buen gusto y había logrado darle un toque acogedor sin que resultase demasiado femenino.

Al llegar al rellano inferior de la escalera sus ojos se posaron en una fotografía enmarcada que colgaba de la pared. Incapaz de contener su curiosidad, Kendall se detuvo para mirarla más de cerca. En ella estaban retratados siete jóvenes, uno de los cuales era obviamente Matthias. Claro que otro era su hermano gemelo, por lo que en un primer momento no habría podido decir con seguridad cuál era cuál.

Luego, sin embargo, al fijarse en la sonrisa de ambos, observó que la comisura izquierda de los labios de uno estaba más arqueada que la derecha, y supo sin lugar a dudas que era Matthias.

Curiosamente, de los dos era el que tenía el cabello más largo y también el que estaba vestido de un modo más desastrado. Tenía su gracia, porque Matthias siempre había hablado de su hermano como si fuese la oveja negra de la familia, el rebelde, al que le gustaba ir contracorriente, pero, al menos en la fotografía, era él quien se ajustaba a esa descripción.

—Tengo el contrato en el estudio —le oyó decir.

Al alzar la vista se dio cuenta de que él había continuado escaleras arriba, como si no se hubiese dado cuenta de que se había parado.

—¡Oye! —lo llamó, sorprendiéndose a sí misma.

Nunca antes le había dicho «¡oye!» a su ex jefe; sonaba demasiado coloquial, demasiado informal. Siempre había dicho algo parecido a «Disculpe, señor Barton». Era sólo que… bueno, estaban en aquella cabaña tan acogedora, él iba vestido con un pantalón de

chándal y una camiseta, y estaba mirando esa vieja fotografía suya en la que tenía pinta de delincuente juvenil, y no había podido evitar que le saliese aquella exclamación.

Cuando Matthias se volvió parecía tan sorprendido como ella de esa repentina familiaridad. Luego él vio lo que estaba mirando y…

Habría esperado que sonriese como ella había estado sonriendo hacía un momento, pero en vez de eso parecía molesto. Probablemente no quería que una empleada… o, en su caso, una ex empleada, lo viese como otra cosa que el hombre de negocios que era.

Pues lo sentía, pero la culpa era de él, se dijo. Si eso era lo que quería, no haberle pedido que fuese allí, y que no se hubiera vestido así.

Matthias bajó las escaleras y puso los brazos en jarras.

—¿Qué? —le preguntó.

Curiosamente no miró la fotografía, aunque era evidente que sabía que ése era el motivo por el que lo había llamado.

—¿Quiénes son éstos con los que sales aquí? —inquirió ella señalándola.

Matthias se volvió hacia la fotografía de mala gana y la miró sólo un instante antes de girarse de nuevo hacia Kendall.

—Amigos de la universidad. Nos llamábamos entre nosotros «los siete samuráis».

—¿Erais fans de Akira Kurosawa o algo así? —inquirió ella, recordando que había una película del director japonés con ese título.

—De hecho, creo que Hunter era el único de nosotros que había visto esa película. Fue él quien nos puso ese nombre; sólo Dios sabe por qué.

—¿Cuál de todos es Hunter? —le preguntó Kendall.

Aún con más desgana que antes, Matthias levantó la mano y señaló al joven que estaba en el centro de la fotografía.

—¿Y dónde está ahora?

Matthias vaciló un momento antes de contestar.

—Ha muerto.

Oh. De modo que ése era el amigo que había muerto, ése que había pedido en su testamento que Matthias y los demás pasasen cada uno un mes en aquella cabaña.

—¿De qué murió? —inquirió.

—Cáncer —contestó Matthias—. Esta cabaña era suya, aunque no vivió lo suficiente como para verla terminada.

—Lo siento muchísimo, Matthias —le dijo ella en un tono quedo. Dejándose llevar por un impulso, extendió la mano y le apretó suavemente el brazo—. Perdona, no era mi intención hacerte rememorar algo tan doloroso.

Matthias sacudió la cabeza.

—En realidad, desde que estoy aquí me han venido a la mente buenos recuerdos —le confesó—, cosas que había olvidado —añadió esbozando una sonrisa.

Era una sonrisa triste, pero infinitamente mejor que la expresión desolada que había ensombrecido su rostro hacía sólo unos instantes.

Kendall permaneció callada, creyendo que iba a continuar hablando, pero al ver que no decía nada más no quiso insistir, por mucha curiosidad que sintiera.

—¿Y qué va a pasar ahora con esta casa? ¿La compartiréis los demás? —inquirió.

—No, pasará a ser propiedad del pueblo, Hunter's Landing.

Kendall sonrió. No se le había ocurrido hasta ese momento que el difunto amigo de Matthias y el pueblo compartían el mismo nombre.

—¿Hunter era de aquí? ¿O es que le pusieron ese nombre por este sitio?

Matthias volvió a sacudir la cabeza.

—No, creo que simplemente pasó por aquí un día y le hizo gracia la coincidencia. Le pareció que sería el lugar perfecto para construir una cabaña —contestó—. Hablábamos de hacer algo así cuando estábamos en la universidad, construir una cabaña y pasar temporadas en ella todos juntos, pero después de graduarnos nunca llegamos a hacerlo. Estábamos todos demasiado… ocupados —la palabra sonó como si le hubiese dejado un regusto amargo en la boca. Aquello era cuanto menos chocante, porque él era un hombre que veía el trabajo casi como un camino para llegar al Nirvana—. Estábamos demasiado ocupados como para hacer algo inútil, como perseguir nuestros sueños de juventud —concluyó en un murmullo, mirando de nuevo la fotografía.

Cuando se volvió otra vez hacia ella, Kendall vio algo en sus ojos que no había visto jamás: melancolía.

—¿Y sigues viendo a los otros «samuráis»? —le preguntó—. Aparte de a tu hermano, quiero decir.

Sabía que a su hermano en concreto no lo había vuelto a ver hasta hacía un par de meses, después de que hubiesen pasado varios años sin hablarse.

Y aun entonces había sido sólo porque Matthias necesitaba cambiar con su hermano el mes que le había tocado pasar en la cabaña para poder hacer aquel viaje a Stuttgart.

Después de que Lauren se enamorase de Luke y Matthias y ella rompiesen su compromiso las aguas se habían calmado un poco, pero Kendall sabía que la relación entre los hermanos era aún algo tensa.

Matthias volvió a mirar la fotografía.

—Hace años desde la última vez que los vi, pero en septiembre estarán todos aquí —le explicó—. Cuando cada uno de nosotros haya pasado un mes aquí, la cabaña pasará, como te decía, a ser propiedad del pueblo. Me parece que la idea de Hunter era convertirla en un centro de salud o algo así. En fin, el caso es que en septiembre habrá una ceremonia con el alcalde y los miembros del Ayuntamiento, y todos nosotros asistiremos también.

Kendall sonrió.

—Hunter debía de ser un gran tipo.

—Lo era —asintió Matthias—; era el mejor de nosotros —y esa vez, cuando sonrió, fue con calidez. Luego, sin embargo, la sonrisa se desvaneció de sus labios y contrajo ligeramente el rostro, como si se sintiera culpable—. Perdona, estoy quitándote tiempo.

Bueno, en realidad no era culpa de él; era ella la que se había puesto a hacerle preguntas. Tendría que ser ella quien estuviese preocupándose por estar perdiendo el tiempo, pero curiosamente hacía ya un rato que había dejado de pensar en Stephen.

—Oye —lo llamó de nuevo cuando Matthias ya estaba dándose la vuelta.

Matthias se giró hacia ella.

—¿Qué?

—Te quedaba bien el pelo largo —le dijo Kendall con una sonrisa, señalándolo en la fotografía.

Los ojos de Matthias se fijaron un momento en la instantánea antes de mirarla con curiosidad.

—¿Cómo estás tan segura de que ése soy yo? Podría ser mi hermano Luke —dijo mirándola fijamente.

Kendall negó con la cabeza.

—No, sé que eres tú.

Matthias se cruzó de brazos.

—¿Por qué?

No podía decirle que lo había reconocido por esa forma ligeramente arrogante que tenía de sonreír a veces.

—Por el brillo en tus ojos. Cuando sonríes y cuando te ríes brillan de un modo travieso, como los de un niño.

«Oh, estupendo, Kendall», se felicitó a sí misma. Eso había sido mucho más inteligente que decirle que lo había reconocido por su sonrisa.

Matthias enarcó una ceja y esbozó una sonrisa divertida, y en ese momento Kendall vio que sus ojos brillaban precisamente de esa manera.

—¿En serio? —inquirió muy interesado.

—Eh… bueno, lo que quiero decir… —comenzó Kendall azorada.

Matthias, sin embargo, no le dejó dar marcha atrás.

—¿De verdad te parece que mis ojos brillan de un modo especial? ¿Y cuándo te percataste de ese detalle?

Ni en sueños iba a confesarle que había sido cinco años atrás, el día en que la había entrevistado.

—No lo sé —contestó—. Tampoco es que sea algo tan especial.

Aquella sonrisita impertinente no se borraba de sus labios.

—Pues debe de serlo cuando has sido capaz de distinguirme de mi hermano Luke en esa foto.

Era evidente que estaba disfrutando con aquello, que estaba disfrutando haciéndola sentirse incómoda, se dijo Kendall.

—En realidad me lo acabo de inventar; no ha sido por eso.

Matthias volvió a enarcar una ceja.

—¿Y si no ha sido por el brillo en mis ojos… entonces, por qué ha sido?

Kendall suspiró exasperada.

—Está bien, ha sido por tu sonrisa. He sabido que eras tú por tu

sonrisa.

Una sonrisa iluminó el rostro de Matthias, una sonrisa que hizo que el corazón de Kendall palpitara con fuerza. Deberían inventar una vacuna para proteger a las mujeres del efecto de esa sonrisa.

—¿En serio? ¿Qué tiene de especial mi sonrisa?

—Oh, por favor, ¿puedes ser un poco más vanidoso? —le reprochó ella—. Sólo quieres que te regale los oídos.

—Bueno, no todos los días una mujer hermosa le dice a uno algo agradable de su sonrisa.

Ya, como si a él no se lo hubiesen dicho cientos de… Fue entonces cuando cayó en la cuenta de lo que había dicho.

—¿Crees que soy hermosa?

Matthias frunció ligeramente el entrecejo.

—¿He dicho yo eso?

Kendall asintió con vehemencia.

—Lo has dicho.

Matthias cambió el peso de un pie a otro, como incómodo.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

—Bueno, yo… —comenzó él—. Quiero decir que… En, yo sólo…

—¿Qué? —lo instó Kendall.

Matthias señaló detrás de sí con el pulgar y dijo:

—El contrato; no quiero hacerte perder más tiempo.

Kendall abrió la boca para protestar, pero Matthias ya se había dado la vuelta y estaba subiendo de nuevo, así que lo siguió.

Momentos después entraban en el estudio. Tras el escritorio había un enorme corcho con fotografías de Matthias y los otros seis «samuráis» fijadas a él con chinchetas. También había una cuartilla escrita a mano. *Nota para Matt,* rezaba en la parte superior. ¿Matt?, se repitió Kendall. Nunca había oído a nadie llamarlo así. Se le hacía raro.

Matt, buena suerte, amigo, nos consejos. Estas a punto de empezar tu mes en «la guarida del amor». ¿Te acuerdas de las conclusiones sobre las mujeres a las que llegamos en la Nochevieja de nuestro último año en la universidad? ¿Que te atan y no te dejan hacer nada peligroso? Olvídate de todo eso.

Esto es lo que debes saber realmente de la mujer de tu vida: te hará libre y amarla será lo más peligroso que harás jamás.
Ryan

¿Qué sería eso de «la guarida del amor»?, se preguntó Kendall.

—Aquí está —dijo Matthias sacándola de sus pensamientos.

Cuando lo miró, vio que estaba sacando de una carpeta los papeles del contrato.

—He encontrado al menos tres errores —añadió mientras ella se acercaba para ponerse junto a él—. El primero está aquí, en la segunda página —continuó señalándole un párrafo—. Te has saltado una coma.

—¿Cómo? —inquirió ella alzando la vista hacia él. Debía de haber oído mal.

—Que aquí tenías que haber puesto una coma —repitió él—. Y luego, en la página siguiente… —continuó pasando la hoja—… este punto y coma debería ser una coma. Y en la última página… —añadió yendo hasta el final del contrato—. ¿Lo ves?, aquí la línea que has puesto para la firma es demasiado corta. Deberías haberla hecho unos cuantos milímetros más larga para que quepa bien la firma de Donovan.

Kendall no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¿Ésos eran los errores que había cometido? ¿Una coma que faltaba? ¿Un punto y coma que debería ser una coma? ¿Una línea que no era lo bastante larga, según él?

¿Por aquellas insignificancias la había hecho ir allí? ¿Para aquello se había arriesgado a enfadar a su nuevo jefe? ¿Para aquello había hecho un trayecto de media hora hasta allí y le había pagado de su bolsillo el café?

Pero lo que más le irritaba era que lo que él llamaba errores no lo eran en absoluto. No hacía falta ninguna coma en la frase en la que él decía que se la había saltado. El punto y coma también estaba correcto, y respecto a aquella ridiculez de la línea donde tenía que firmar Donovan… había espacio más que de sobra.

—¿Me has hecho venir hasta aquí por una coma, un punto y coma y una línea? —inquirió mirando a Matthias con los ojos entornados.

A él por lo visto le parecía que no había nada de malo en ello.

—Son esos pequeños detalles en los que se fija la gente, Kendall.

—No a menos que de verdad sean errores, y en este caso no lo son —le recalcó ella.

Matthias la miró sorprendido.

—¿No lo son?

—No, no lo son.

—¿Estás segura?

Kendall apretó los dientes.

—Completamente segura.

—Oh. Bueno, en ese caso me temo que te he hecho venir para nada.

Kendall sintió que le hervía la sangre en las venas. Si las miradas matasen, lo habría fulminado en ese momento.

—Pero ya que estás aquí, ¿por qué no te quedas a comer?

Ella quería gritarle, agarrarlo por los hombros y sacudirlo, pero en vez de eso se contuvo. Apretando los dientes de nuevo y mirándolo furibunda, le respondió:

—No, gracias.

Matthias sonrió, tan contento.

—Deberías considerar lo que te dije de volver a trabajar para mí. Así no tendrías que preocuparte por que DeGallo esté esperándote, porque ya estarías donde tienes que estar.

Kendall decidió que ya había aguantado bastante.

—No, gracias —repitió—. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir donde debería estar y, desde luego, no es aquí.

Dicho eso, se dio media vuelta y salió del estudio sin despedirse y sin mirar atrás.

Capítulo 7

Matthias observó a Kendall a través de la ventana mientras ésta se dirigía hacia su coche.

Era cierto lo que le había dicho sobre que lo habían asaltado los buenos recuerdos desde que había llegado a la cabaña, pero también se había sentido atormentado. No se trataba sólo de la muerte de Hunter, sino también de cómo se habían ido distanciado los siete, y de cómo había dejado que se rompieran los lazos entre su hermano Luke y él.

En sus años de universidad Hunter había logrado que dejaran a un lado esa competitividad que siempre había habido entre ellos, pero a su muerte parecía como si lo que los había unido en el pasado hubiese muerto con él.

En aquella época él había sido Matt, un chico normal al que le gustaba ir al cine con los amigos, jugar al *rugby*…

No había empezado a usar su nombre completo hasta después de acabar sus estudios universitarios. «Matthias» sonaba más estudiado que «Matt», más serio, más maduro.

Luego había fallecido su padre, y su testamento había hecho que Luke y él se viesen abocados a competir de nuevo el uno contra el otro por aquella ridícula condición de que quien ganase antes un millón de dólares con su trabajo sería quien heredase la propiedad. El otro se quedaría sin nada.

Al principio sólo había sido un juego, y habían bromeado con hacer que el otro mordiera el polvo. Los dos habían iniciado su propio negocio y se habían esforzado por igual, pero cuando finalmente había sido él quien se había adjudicado la victoria, Luke lo había acusado de haber hecho trampas.

Aquella acusación había provocado una fuerte discusión entre

ellos, y durante años no se habían hablado… hasta que Matthias había descubierto que Luke había estado en lo cierto.

No era que él no hubiese jugado limpio, pero dentro de su empresa un empleado había estado llevando a cabo un doble juego a la par que una serie de maniobras turbias y luego se había esfumado con el dinero que se había agenciado.

Al darse cuenta de que aquel canalla se había aprovechado de ambos habían hecho borrón y cuenta nueva, pero todavía había una cierta tensión entre ellos.

Nunca volverían a ser aquellos jóvenes despreocupados de su época universitaria, pero podían volver a ser de verdad hermanos el uno para el otro. Y lo serían, se propuso Matthias. Empezaría por llamar a Luke con regularidad y se aseguraría de que se viesen también más a menudo. Después de todo los dos vivían en San Francisco; no era como si estuviesen a miles de kilómetros.

Kendall se había metido ya en el coche y estaba encendiendo el motor. Por algún motivo alzó la vista hacia la casa y en ese momento sus miradas se encontraron, pero ella se había puesto unas gafas de sol y Matthias no pudo ver la expresión en sus ojos.

Matthias alzó una mano y la agitó sin mucho entusiasmo a modo de despedida. Al cabo de un instante ella levantó su mano también, pero no la agitó, ni sonrió. Luego la dejó caer, dio marcha atrás hasta llegar a la carretera y Matthias siguió el coche con la mirada mientras se alejaba.

Aun después de que el vehículo se hubiera perdido de vista permaneció allí de pie, frente a la ventana. Se recordó que debería ponerse a trabajar, se recordó que dentro de unas horas tenía una entrevista con la persona que iba a enviarle aquella otra empresa de trabajo temporal a la que había llamado… Se recordó un montón de cosas, pero no podía dejar de pensar en cómo se había sentido cuando Kendall le había apretado el brazo suavemente para reconfortarlo.

Se había marchado donde creía que debía estar, pero estaba equivocada. Había cometido un error al aceptar la oferta de Stephen DeGallo. Aquel hombre la utilizaría para intentar sonsacarle todo lo que pudiera, y luego se inventaría una excusa para deshacerse de ella.

A DeGallo no le gustaba tener en puestos importantes a personas

ajenas a la empresa. Su concepto de un empleado era como el de un perro al que tenía que adiestrar personalmente partiendo de cero para que le obedeciera. Matthias lo conocía bien, y estaba seguro de que veía a Kendall como si fuera algo de segunda mano, algo usado que sólo tenía valor por la información que podía proporcionarle.

DeGallo no la valoraba como él. Y no tenía nada que ver con la sensación cálida que lo había invadido cuando le había apretado el brazo con los dedos, ni con el modo en que lo había estado mirando mientras le hablaba de sus amigos, como si quisiese que le contase más sobre ellos… y sobre él; ni por supuesto tenía nada que ver con el hecho de que la cabaña hubiese parecido cobrar vida con su presencia y que se hubiese tornado de nuevo fría y silenciosa al irse ella. Qué ridiculez; las casas no tenían vida propia, ni tampoco sentimientos.

Claro que eso era lo que mucha gente decía de él.

Matthias exhaló un pesado suspiro y se pasó una mano por el cabello. No tenía tiempo para pensar en tonterías, se dijo. Tenía trabajo por hacer y una entrevista dentro de unas horas.

Hacia el final de la semana Matthias había llamado a todas las empresas de trabajo temporal de la zona, y aun así no había logrado encontrar a nadie lo suficientemente preparado como para ocupar el puesto de Kendall; ni siquiera sólo durante ese mes.

La candidata que acababa de llegar era su última esperanza, y desde el momento en que abrió la puerta y la vio, supo que aquello no iba a funcionar.

Para empezar, iba hecha un adefesio, como si se hubiese puesto lo primero que hubiese encontrado al abrir el armario. ¿A quién se le ocurría ir con esa pinta a una entrevista?

La hizo pasar al salón, le pidió que tomara asiento en el sofá y él se sentó en un sillón orejero que había cerca de la chimenea. Cuanto antes acabasen con aquello, mejor.

—Bien, señorita… —bajó la vista al curriculum que le había enviado la empresa de trabajo temporal— Carrigan. Veo que es usted licenciada por la Facultad de Ciencias Empresariales de la Universidad de Stanford.

La joven le dirigió una sonrisa forzada que casi hizo que

Matthias contrajera el rostro.

—Así es. Me licencié el pasado mayo.

—¿Y cuáles son sus aspiraciones con respecto a este empleo?

La señorita Carrigan se irguió en el asiento, cruzó los tobillos, entrelazó las manos y ladeó la cabeza, como pensativa.

—¿Puedo serle franca, señor Barton?

—Claro —asintió él, temiéndose la clase de respuesta que iba a obtener.

—Verá, no es que quiera ser una secretaria toda mi vida, pero creo que este empleo sería para mí una forma de abrirme camino. Me daría la oportunidad de aprender… en fin, de aprender de usted, que es un ejemplo para todos los jóvenes emprendedores de este país —respondió ella con otra sonrisa dulzona.

Perfecto, ahora estaba haciéndole la pelota.

—Además, aunque carezco de experiencia puedo asegurarle que no se arrepentirá si me da una oportunidad. Soy muy meticulosa y organizada —continuó ella—. Modestia aparte, siempre era la primera de la clase en entregar los trabajos que nos pedían, y los profesores me felicitaban por lo bien estructurados que estaban.

Y encima se creía que era la reina de Saba.

—Entiendo. Bien, pues… le agradezco que haya venido —dijo poniéndose de pie y tendiéndole la mano—. Como tengo su curriculum y el número de la empresa temporal, ya me pondré en contacto con ellos para comunicarles mi decisión.

La joven parpadeó, sorprendida sin duda por la rapidez con que iba a despacharla, pero se puso de pie y le estrechó la mano.

Sí, debía de haber sido la entrevista más corta de la historia, pero Matthias no quería perder más tiempo con alguien que obviamente no daba la talla.

¿Qué les enseñaban en la universidad en esos días?, se preguntó mientras la veía marcharse. Entre las personas a las que había entrevistado en San Francisco y allí en Tahoe debían de ir ya dos docenas, y cada candidato que se había presentado para el puesto había sido peor que el anterior.

Bueno, no le quedaba otro remedio, se dijo. No podía sentarse a esperar a que Kendall entrara en razón. Haría o diría lo que fuera necesario para recuperarla, ya fuese doblarle el sueldo, o lo que fuera.

Kendall llevaba quince minutos esperando a Stephen en el comedor del hotel. Cuando levantó la vista de su reloj de pulsera y volvió a mirar en dirección a la puerta, para su sorpresa, fue a Matthias a quien vio allí.

Nuevamente iba vestido de un modo informal, esa vez con unos pantalones cortos de color azul y un polo gris bajo el cual se adivinaban las líneas esculpidas de su pecho.

Kendall se dijo que debería sentirse irritada de verlo allí, pero la verdad era que no era así. En lo que llevaba de semana el seminario de orientación no estaba siendo en absoluto lo que ella había imaginado. Hasta el momento prácticamente había consistido únicamente en encuentros a solas entre Stephen y ella, y casi siempre en cafeterías o restaurantes. Pero lo peor era que siempre parecían desviarse de lo que se suponía que había ido a aprender allí, la política de empresa de OmniTech y lo que se esperaría de ella como la nueva subdirectora, y Stephen empezaba a hacerle preguntas sobre su trabajo en Barton Limited.

No quería creer lo que Matthias había sugerido acerca de que Stephen DeGallo le había ofrecido aquel puesto sólo para sacarle información, pero estaba empezando a pensar que tal vez tuviese razón.

Mientras se acercaba a la mesa donde estaba sentada, un cosquilleo eléctrico recorrió a Kendall de arriba abajo. Dios, aquello era una locura. Hasta hacía un par de semanas Matthias había sido para ella el «señor Barton», su jefe, y aunque había admitido para sus adentros que se sentía atraída hacia él, había creído que al dejar la empresa lo olvidaría.

Con lo que no había contado era con que fuese a buscarla cuando estuviese allí en Tahoe, y tampoco con que, ahora que ya no era su secretaria ni él su jefe, una vocecita traviesa empezase a susurrarle que ya no había impedimento alguno para dejarse llevar por esa atracción.

Aquello era una locura, se dijo de nuevo, una absoluta locura. Enamorarse de un hombre casado no conducía más que a problemas, pero enamorarse de uno casado con su negocio podía ser aún peor.

Matthias, que había llegado junto a su mesa, apoyó las manos en el respaldo de la silla que Kendall tenía enfrente y esbozó una

sonrisa.

—Hola —la saludó.

Kendall se preguntó dónde diablos estaría Stephen. No era propio de él retrasarse. ¿Y por qué de repente estaba alisándose la camisa y tocándose el pelo para asegurarse de que no estaba despeinada? Lo único que tenía claro era que si el que estuviera frente a ella fuese Stephen y no Matthias ni siquiera se habría preocupado, y tampoco se quitaría las gafas, como estaba haciendo en ese momento.

—Hola —respondió mientras se las metía en el bolsillo de la camisa.

—¿Estás esperando a DeGallo?

Ni muerta le diría Kendall que su nuevo jefe no se había presentado, porque entonces le preguntaría por qué, y ella tendría que decirle que no lo sabía, a menos que fuera porque Stephen hubiese llegado a la conclusión de que después de todo no quería tenerla como parte de la «tripulación» de OmniTech, y eso sería muy humillante.

—¿Y qué estás haciendo tú aquí otra vez? —inquirió en vez de responderle.

Había dicho aquello de «otra vez» con un cierto retintín, pero Matthias o bien no lo advirtió, o bien optó por hacer como que no lo había advertido, porque se limitó a sonreír y a contestar:

—La verdad es que había venido a preguntarte si querías cenar conmigo. He subido a tu habitación, y al ver que no contestabas he pensado que tal vez estuvieras aquí.

Kendall asintió brevemente pero no dijo nada, y Matthias se quedó mirándola expectante, sin decir tampoco nada.

Fue entonces cuando se le ocurrió a Kendall que tal vez estuviese esperando a que lo invitase a sentarse.

No podía hacer eso. ¿Y si de pronto apareciese Stephen, con una excusa perfectamente válida para haberse retrasado tanto y la encontrase allí sentada con Matthias?

—Si estás esperando a DeGallo, creo que deberías saber que lo he visto marcharse en su coche con una rubia despampanante cuando llegaba —le dijo Matthias de pronto, sacándola de sus pensamientos.

Kendall lo miró boquiabierta.

—No puede ser; habíamos quedado para cenar…

—Siento decirlo, Kendall, pero me parece que tu nuevo jefe te ha dado plantón —murmuró Matthias—. Pero no deberías dejar que te afecte. Si no se da cuenta de la suerte que tiene de tenerte en su equipo es que es un idiota.

La satisfacción que le proporcionó el cumplido de Matthias fue sólo momentánea, porque rápidamente fue reemplazada por un sentimiento de profunda rabia y frustración. No, Matthias tenía que estar equivocado; Stephen no podía haberla dejado plantada.

Hacía apenas tres horas que le había dicho que quedarían en el comedor a las seis y media. Miró su reloj de pulsera y vio que pasaban de las siete menos diez. ¿Por qué estaba tratando de engañarse a sí misma? Era imposible que alojándose en el mismo hotel estuviese retrasándose tanto.

Estaba esperando a que Matthias le dijese «te lo advertí», pero en vez de eso le preguntó:

—¿Qué te parece si te invito a cenar?

Kendall estaba pensando que debería rehusar su invitación, que de lo único que tenía ganas era de subir a su habitación, pedir que le subieran algo y darse un baño para relajarse. Sin embargo, la verdad era que estaba cansada de hacer eso cada noche, cansada de irse a la cama preguntándose cuáles podían haber sido los motivos por los que Stephen la había contratado y si había hecho lo correcto aceptando aquel trabajo.

Trabajo… Ja! No se sentía como si fuese a trabajar para él. En vez de eso había momentos en que se sentía como si estuviese intentando ganársela con lisonjas y otros en los que le parecía que estuviese tratando de sonsacarle información, como había dicho Matthias.

Sí, había cometido un error, admitió con un suspiro para sus adentros, pero no por haber dejado su trabajo, sino por haber aceptado la oferta de Stephen DeGallo. Mañana hablaría con él; le preguntaría sin rodeos si le había ofrecido aquel puesto porque esperaba que le proporcionase información sobre el funcionamiento interno de Barton Limited. Si era así, le presentaría inmediatamente su dimisión. Y si no…

Esperaría a que tuviesen esa conversación antes de decidir nada más, se dijo. Entretanto, tenía que tomar otra decisión, y esa vez

más le valía que fuera la correcta.

Sin embargo, en lugar de responder a la invitación de Matthias con un «no», como su cabeza estaba diciéndole que debería hacer, optó por escuchar a su corazón. Sí, normalmente dejarse llevar por los sentimientos y las emociones hacía que luego uno se arrepintiese, pero la razón no había sido una buena consejera en esas últimas semanas.

—Bueno, ¿por qué no? —contestó finalmente.

Matthias sonrió.

—Estupendo, pero mejor vayamos a otro sitio —le dijo. Y luego, inclinándose, añadió en voz baja—: El bistec que tomé aquí la otra noche dejaba mucho que desear.

Kendall se rió suavemente. Era verdad que la comida del hotel no era gran cosa.

—Conozco el sitio perfecto —le dijo él—. Tendremos que ir en coche porque está un poco lejos, pero te va a encantar. El ambiente es muy agradable, la comida excelente y el servicio, inmejorable.

En un gesto de caballerosidad se acercó por detrás y le retiró la silla cuando ella fue a levantarse para luego tenderle la mano. Kendall la tomó sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo y, cuando los dedos de él se cerraron suavemente sobre los suyos, sintió que una ola de calor la invadía.

Quizá después de todo estuviese cometiendo otro error, se dijo mientras salían del comedor. ¿No estaría haciéndose ilusiones? Si algo había aprendido en los cinco años que había estado trabajando para Matthias era que no era la clase de hombre que buscase una relación seria, ni que tuviese siquiera interés en tener una relación. Su único amor era su negocio.

En fin, siempre y cuando tuviese eso bien presente, su corazón no tenía por qué correr ningún peligro…

Capítulo 8

—Cambiarás de opinión respecto a este lugar en cuanto pruebes el vino, Kendall, ya lo verás.

Cuando abrió la puerta de la cabaña y se volvió galantemente, haciéndose a un lado para dejarla entrar a ella primero, Matthias observó con sorpresa que Kendall no sólo no parecía nada molesta de que la hubiese llevado allí, sino que además estaba sonriendo ampliamente.

—No pasa nada —le dijo—. Me gusta esta casa. Te hace sentirte a gusto nada más entrar.

De modo que a ella le pasaba lo mismo… Hmmm… interesante.

—Y además es viernes por la noche; cualquier sitio al que hubiéramos ido habría estado lleno —añadió.

—Creo que pasar un mes aquí te hará mucho bien —le dijo Kendall mientras pasaba al interior de la vivienda.

Matthias entró también y cerró detrás de él.

—Cuando oscurezca recuérdame que salgamos al porche. Hay un telescopio ahí fuera, y es increíble. No te imaginas la cantidad de estrellas que se ven aquí en el campo. Te gustaría mucho.

Kendall sonrió.

—¿Has estado mirando las estrellas? —preguntó.

—Lo dices como si te sorprendiera que hiciera algo así.

—Bueno, es que me sorprende —contestó ella—. En los cinco años que he estado trabajando para ti no te he visto tomarte un solo día libre.

—No es cierto; claro que me he tomado días libres —replicó él, poniéndose a la defensiva.

Kendall, con la sonrisa aún en los labios, se cruzó de brazos.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —dijo sin apartar la mirada de

él.

Al mirarla, Matthias no pudo evitar fijarse en que el sujetador de Kendall se adivinaba vagamente a través de la ligera blusa blanca que llevaba.

Era una prenda de encaje. Nunca hubiera imaginado que Kendall fuese de la clase de mujeres que llevaban ropa interior de encaje. Siempre había pensado, por su forma de ser, que debía de ser más bien del tipo recatado.

La idea de que debajo de aquella seria blusa había un sujetador de encaje le pareció de pronto… excitante.

Sin poder evitarlo, se preguntó si llevaría unas braguitas a juego. O mejor aún, si llevaría un tanga.

—Dime dos *hobbies* que tengas —lo retó Kendall.

Matthias se encontró con que, por más que se estrujaba el cerebro, no se le ocurría ninguno.

—Bueno, juego al tenis y al *squash* —respondió finalmente—, y alguna vez hasta juego al golf.

—Eso no cuenta. No lo haces porque te apetezca, sino para socializar con otros empresarios y cerrar negocios con ellos —apuntó Kendall.

De acuerdo, sí, tenía razón, pero le fastidiaba que tuviese razón, que estuviese pintándolo como a un hombre que no era capaz de disfrutar con nada que no estuviese relacionado con el trabajo.

—El ocio está sobrevalorado —dijo—. ¿Para qué sirve? Además, me gusta trabajar; me siento bien cuando estoy trabajando; no necesito nada más.

La sonrisa se borró de los labios de Kendall, y Matthias se dio cuenta de que había hablado con más vehemencia de la que había pretendido.

En realidad ni siquiera pensaba eso; era sólo que Kendall había metido el dedo en la llaga. ¿Por qué todo el mundo criticaba a la gente que se volcaba en su trabajo? ¿Y qué si lo que lo definía a él como persona era el increíble éxito que había logrado con su trabajo? El trabajo era algo que ennoblecía al hombre.

Kendall dejó caer los brazos y durante un largo rato, que se hizo bastante incómodo, se quedaron los dos callados, como si ninguno supiese qué decir.

—Bueno, ¿te parece que cenemos? —inquirió él finalmente.

Por un momento se temió que Kendall fuese a decirle que había cambiado de opinión y que quería que la llevase de vuelta al hotel, pero cuando asintió Matthias sonrió y señaló en dirección a la cocina con un movimiento de cabeza.

—Vamos —le dijo en un tono menos serio—. Tendré la comida en la mesa en diez minutos.

En realidad no le llevó ni cinco, ya que todo lo que tuvo que hacer fue sacar la comida ya preparada de los recipientes y servirla en dos platos. Luego descorchó una botella de Shiraz y la llevó a la mesa con dos copas.

Kendall estaba mirando con suspicacia la comida: un filete ruso con judías verdes y patatas al horno que Matthias había comprado en un establecimiento de comidas caseras el día anterior.

—Esto está frío.

—No, es que se come así —replicó él, sirviéndole vino antes de sentarse también. Para demostrarle que era comestible, tomó el tenedor y el cuchillo, cortó un trozo de filete y se lo metió en la boca—. Está delicioso; pruébalo.

—Matthias… Esto está cocinado, pero está frío —insistió Kendall —. ¿Por qué no lo metes en el microondas un par de minutos?

Matthias exhaló un pesado suspiro.

—Porque el microondas está estropeado —admitió—. Y la vitrocerámica y el horno también —añadió antes de que ella pudiera mencionarlos.

Kendall miró por encima del hombro un aparato y luego el otro.

—Pero si parecen nuevos —dijo volviéndose hacia él.

—No sé si son nuevos o no, pero ninguno de los aparatos de esta casa funciona. Pero te aseguro que esto está bueno frío.

Kendall sonrió con malicia.

—En otras palabras: todos estos días has estado comiéndotelo todo frío porque no has logrado averiguar cómo funcionan el microondas ni la vitrocerámica.

Matthias la miró ofendido.

—No, he estado comiéndomelo todo frío porque no funcionan —recalcó.

Kendall sacudió la cabeza, se puso de pie y tomó su plato y el de él. Fue hasta donde estaba el microondas, dejó uno de los platos sobre la encimera y abrió el microondas para meter el otro. Luego

le echó un rápido vistazo al panel de los botones, que para Matthias resultaba del todo incomprensible, y después de pulsar eficazmente unos cuantos, el microondas se puso en marcha de repente.

Matthias se levantó también y fue junto a ella.

—¿Cómo has hecho eso? —exigió saber—. Este trasto no ha funcionado desde el día en que llegué aquí.

—Bueno, pues como ves ahora funciona perfectamente —respondió ella con una sonrisa divertida—. ¿Con qué más has tenido problemas?

—¿Por qué das por sentado que he tenido problemas con algo más?

—Antes has dicho que ninguno de los aparatos de esta casa funciona.

Matthias carraspeó incómodo, pero señaló detrás de sí con el pulgar, en dirección a su mayor objeto de preocupación.

—La cafetera —contestó a regañadientes.

Kendall frunció los labios.

—Aja… Debería haberlo imaginado cuando te inventaste lo de los problemas con el contrato para que te trajera café.

—Yo no…

Kendall sencillamente lo ignoró y le dedicó una sonrisa compasiva.

—Pobre Matthias… Tener que pasarte sin café cada mañana. Me sorprende que no estés subiéndote por las paredes.

—¿Subiéndome por las paredes? Eso nunca me ha pasado; ni por no poder tomar café ni por ninguna otra cosa.

—Oh, claro que no.

Matthias la miró con los ojos entornados, pero no dijo nada. No era un adicto a la cafeína, diablos. Podía pasarse sin tomar café el tiempo que quisiese. Los adictos a la cafeína eran gente débil, y él era un hombre fuerte.

—Pues no.

—Ya. Bueno, en ese caso creo que no te interesará saber que la cafetera que tengo en casa es el mismo modelo que ésa —dijo Kendall—. De hecho, dudo que esté estropeada como dices.

Matthias resopló.

—Sí que lo está, te lo aseguro —insistió—. Ya lo he probado todo y no hay manera de que haga nada; igual que el despertador.

Es imposible.

Kendall reprimió una sonrisilla y le dio una ligeras palmaditas en el hombro antes de acercarse hasta la cafetera. De nuevo volvió a presionar unos cuantos botones del sofisticado aparato y finalmente accionó un interruptor grande y rojo que Matthias no se había atrevido a tocar. Se encendió una lucecita verde, pero la cafetera no hizo nada. Ningún ruido; nada.

—¿Lo ves?, no funciona.

—Lo que he hecho ha sido poner el temporizador —le explicó ella—. Si por la noche le dejas puesto agua y café, se pondrá en marcha sola a las seis y media cada mañana para que tengas el café listo cuando te levantes.

Matthias la miró boquiabierto.

—¿Cómo has hecho eso?

—Le he puesto la hora que quería y después he pulsado este botón que pone «timer». Luego la propia cafetera te va guiando paso por paso.

Matthias puso los brazos en jarras, pero no dijo nada. Simplemente se quedó mirándola maravillado, preguntándose cómo iba a sobrevivir durante el resto de su vida con ella trabajando para otra persona. No podía seguir engañándose; necesitaba a Kendall. De hecho, estaba empezando a asustarlo el hecho de que no era sólo en la oficina donde la necesitaba.

La sonrisa maliciosa asomó de nuevo a los labios de Kendall, que extendió una mano y le dijo:

—Está bien; déjamela, anda.

Matthias frunció el entrecejo contrariado.

—¿De qué hablas?

—De esa agenda electrónica nueva que te has comprado, la que me enseñaste en el hotel. La programaré para que te sea más fácil usarla y te diré cómo funciona.

Diablos, pensó Matthias. ¿Por qué tenía que haberle preguntado por eso?

—Eh… no es necesario.

Kendall enarcó las cejas.

—¿Has aprendido a usarla tú solo?

—No exactamente.

—Bueno, pues déjamela y te explico cómo funciona —insistió

ella.

Matthias suspiró exasperado.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque está en el fondo del lago Tahoe; me estaba volviendo loco.

Kendall se quedó mirándolo con incredulidad y se echó a reír. Matthias se dijo de pronto que le encantaba el sonido de su risa, y se preguntó cuándo había sido la última vez que la había oído reír. Sólo entonces cayó en la cuenta de que aquélla era de hecho la primera vez, que nunca antes la había oído reírse.

Siempre se mostraba tan seria y tan profesional en el trabajo… La verdad era que siempre le había parecido que estaba un poco encorsetada y que no tenía sentido del humor. Nunca habría imaginado que tras la fachada de secretaria eficiente y perfecta hubiera una mujer de carne y hueso.

La siguió con la mirada mientras iba hasta el microondas para sacar el plato y poner el otro. Iba vestida como solía vestirse para ir al trabajo: unos pantalones y una blusa, y también llevaba el pelo recogido, pero parecía más relajada de lo que la había visto nunca en la oficina.

Aquella nueva Kendall sonreía más a menudo. Y se reía. Y hablaba con él de tú a tú. Y lo llamaba Matthias. Ahora que ya no trabajaba para él era… distinta. Más cálida; más cercana.

—Bueno, ahora sí —anunció Kendall poniendo los platos de nuevo en la mesa—. La comida está servida.

Matthias sonrió y fue con ella. Le gustaba aquella nueva Kendall.

Capítulo 9

Kendall sacudió la cabeza con incredulidad mientras observaba a Matthias ajustar el ángulo del telescopio. ¿Qué le había, ocurrido que de pronto se había vuelto tan… tan… humano?

Aquella tarde había estado sencillamente… Una sonrisa se dibujó en sus labios por la palabra que se le pasó por la cabeza para acabar aquella frase. Sin embargo, era la palabra exacta; había estado sencillamente adorable.

Nunca antes habría usado esa palabra para describirlo. Durante el tiempo que había estado trabajando para Matthias había pensado de él que era un hombre seco, serio, centrado en su trabajo… pero jamás habría dicho que era «adorable».

La única ocasión que había pensado que tenía un lado humano había sido hacía dos meses, cuando había vuelto a San Francisco después de haber ido a esa misma cabaña a hablar con su hermano Luke. Aquélla había sido la primera vez en años que los hermanos habían hablado. Durante unos días, después de aquello, se había mostrado distraído y más amable. Kendall no sabía qué había ocurrido exactamente en el encuentro entre los gemelos, pero Matthias, además de más amable, había vuelto con un ojo morado. Parecía que habían tenido unas palabras, y que habían llegado a las manos, pero finalmente debían de haber alcanzado un entendimiento.

Sin embargo, a pesar del cambio que se había producido en él en aquella ocasión, aunque sólo le hubiese durado unos días, había seguido sin parecerle un ser humano normal.

Esa noche, sin embargo, en vez de recordarle a un fuerte y cortante viento del norte, se le antojaba más parecido a la suave brisa que soplaba en ese momento. Se apartó del rostro un mechón

que se había salido del recogido que se había hecho y volvió a sonreír.

No le importaba que su peinado no estuviese perfecto. Tal vez fuese aquel nuevo Matthias, o lo relajada que se sentía en ese momento, pero en ese instante no quería preocuparse por esas pequeñeces.

La temperatura había bajado varios grados después de que el sol se hubiese ocultado, y Kendall deseó haberse puesto una chaqueta antes de salir del hotel. Claro que tampoco había tenido planes de salir del hotel hasta que Matthias se había presentado en el comedor.

La verdad era que no tenía ganas de volver. Se sentía a gusto con Matthias ahora que estaban tratándose de igual a igual. De hecho, ni siquiera habían hablado de trabajo. Durante la cena habían charlado sobre Tahoe, sobre la cabaña, sobre la pequeña localidad donde Kendall había crecido, sobre el perro que Matthias había tenido de niño…

Era la clase de cosas de las que hablaba la gente cuando estaba conociéndose a un nivel personal, no profesional. Era agradable.

—Muy bien, vamos allá —dijo Matthias haciéndola volver al presente—. He encontrado Venus. Ven a mirar.

Kendall apuró su copa y la dejó sobre la mesa de mimbre, junto a la de él, antes de acercarse.

—Dios, es increíble —murmuró cuando miró a través del telescopio.

—¿Verdad que sí? —dijo él con una sonrisa—. Pues si enfocas la luna —añadió cuando ella se incorporó—, se ven hasta los cráteres.

Da la impresión de que pudieras alargar la mano y rozarla con las yemas de los dedos.

Kendall nunca lo había oído hablar así; había sonado hasta poético. El propio Matthias debía de haberse dado cuenta también, porque de pronto parecía incómodo. Apartó la mirada y sus ojos se movieron de un lado a otro del porche, fijándose en cualquier cosa que no fuera ella. Finalmente se posaron en las copas vacías sobre la mesa.

Se aclaró la garganta y dijo, aún sin mirarla:

—Nos hemos quedado sin vino; iré a abrir otra botella. Disfruta de la vista —añadió señalándole el telescopio con un ademán—.

Volveré enseguida.

Kendall hizo lo que le había dicho, sólo que en vez de volver a mirar por el telescopio lo miró a él mientras se alejaba, o más concretamente su trasero.

En la oficina siempre lo había visto con chaqueta, y ésta se lo tapaba, así que la verdad era que nunca se había fijado en su trasero. O quizá nunca se había permitido fijarse en él.

De pronto, como si hubiese estado escuchando los pensamientos que estaban cruzando por su cerebro, Matthias se volvió y la pilló mirándolo.

Kendall sintió que los colores se le subían a la cara, y los labios de él se arquearon en una sonrisa casi imperceptible antes de que entrara en la casa.

Aun entonces a Kendall no se le pasó el calor. Había bebido demasiado, se dijo. Si es que dos copas de vino podía considerarse beber demasiado.

Se volvió hacia la barandilla del porche y alzó la vista hacia el cielo estrellado con un suspiro. Estaba perdida en sus pensamientos cuando sintió algo cálido y pesado envolverle la espalda, y al volverse vio que Matthias estaba poniéndole una chaqueta suya sobre los hombros.

Sonrió al ver que la había pillado desprevenida, y le dijo:

—Ya empieza a hacer frío; no querría que te resfriaras por mi culpa.

Kendall le devolvió la sonrisa y murmuró un «gracias», tanto por el gesto como por la copa que le tendió.

—Bueno —le dijo Matthias mientras ella tomaba un sorbo—, cuéntame, ¿cómo va ese seminario de orientación de OmniTech? ¿Estás contenta?

A Kendall le sorprendió que preguntara, pero no vio mala intención en la pregunta. Además, sabía que no estaba preguntándole sólo por cortesía, y que esperaba una respuesta sincera.

—La verdad es que… no está siendo exactamente lo que había imaginado que sería.

—¿En qué sentido? —inquirió él.

Kendall se encogió de hombros.

—Pues… para empezar, Stephen no hace más que hacerme

preguntas sobre mi antiguo puesto en Barton Limited, y evitar contestarme cada vez que yo le pregunto sobre las labores que se supone que voy a desarrollar en OmniTech.

Estaba esperando que Matthias le respondiera con un «te lo dije», pero en lugar de eso simplemente murmuró un «entiendo».

A pesar de que no insistió en el tema, ella continuó hablando.

—Pasado mañana se acaba el seminario y sigo sin saber nada de OmniTech, a excepción de la historia de la compañía y de en qué países tiene oficinas… y la verdad es que todo eso lo averigüé yo misma buscándolo en Internet.

Matthias tomó un sorbo de vino pero no dijo nada, sino que se quedó callado esperando a que ella continuase, si es que quería decir algo más.

Kendall se preguntó qué estaría pensando, y no sobre su situación laboral, sino sobre ella. ¿La consideraría una ingenua por no haber creído lo que él le había dicho sobre las intenciones de Stephen DeGallo desde un principio, o una tonta por no haber escuchado sus advertencias?

Quizá incluso estuviese pensando que estaba siendo ridícula al aferrarse a la idea de que había tomado la decisión correcta al aceptar aquel empleo.

Lo que Matthias no sabía era que ya no creía que hubiese sido la decisión correcta. Ahora que Stephen se había dado cuenta de que no iba a cooperar, que no estaba dispuesta a traicionar a Matthias, parecía que ya no estaba interesado en ella. Era más que evidente, después de que le hubiese dado plantón esa tarde.

No le sorprendería que cuando el supuesto seminario de orientación terminase, se inventase una excusa para decirle que había decidido que después de todo el puesto no estaba hecho para ella.

Alzó la vista hacia Matthias.

—Tenías razón —le dijo, obligándose a reconocer por fin la verdad—. Creo que la única razón por la que me ofreció este empleo es porque estaba seguro de que conseguiría sonsacarme información sobre Barton Limited.

—¿Te ha preguntado algo sobre la contrata Perkins? —inquirió él.

Kendall negó con la cabeza.

—No ha sido tan específico… o al menos aún no. Pero sí me ha estado haciendo un montón de preguntas sobre ti y sobre la compañía. No me sorprendería que los detalles de la contrata Perkins fuesen lo siguiente en su lista.

—¿Y qué le has dicho de Barton Limited? —le preguntó Matthias.

—Le hablé de la historia de la compañía, y de en qué países tiene oficinas —contestó Kendall con una sonrisa traviesa—. Ya sabes, nada que no pueda uno averiguar buscándolo en Internet.

Matthias se rió.

—Ésa es mi chica.

Algo en el tono de voz suave que había empleado hizo que un cosquilleo eléctrico recorriera la espalda de ella. La brisa escogió ese momento para soplar sobre ellos, y otro mechón se escapó del recogido de Kendall. Levantó una mano para apartarlo de su rostro, pero Matthias fue más rápido y, antes de que ella pudiera evitarlo, le quitó el clip con el que lo tenía sujeto, haciendo que la suave melena rubia se desparramara sobre sus hombros.

—Es mejor que te lo sueltes; de todas maneras, el viento va a seguir haciendo de las suyas —murmuró mientras le peinaba el cabello con los dedos, como deleitándose en su tacto y su textura.

Kendall, que estaba empezando a sentirse algo incómoda, subió la mano y le agarró la muñeca para que parara. Matthias se detuvo de inmediato y sus ojos se encontraron.

Durante un buen rato ninguno de los dos habló, ninguno de los dos se movió; ninguno de los dos respiró. Matthias bajó la vista a la boca de Kendall y luego volvió a mirarla a los ojos. Los labios de ella se entreabrieron, y se quedaron de nuevo quietos y en silencio.

Por un instante a Kendall le pareció que Matthias estaba inclinando la cabeza, como si pretendiera…

¿Como si pretendiera qué? ¿Besarla? No, imposible.

Sin embargo, el corazón estaba latiéndole como un loco en el pecho, tenía mariposas en el estómago y… Y entonces Matthias dejó caer su mano, se apartó y la electricidad que parecía haber inundado el ambiente se desvaneció.

Bajó la vista a la copa en su mano derecha y se la llevó a los labios para tomar otro sorbo. Kendall estaba aún demasiado aturdida como para decir nada.

Cuando Matthias volvió a mirarla, la expresión de su rostro no dejaba entrever qué estaba pensando. De hecho, era una expresión desprovista de toda emoción, como si no hubiese pasado nada.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer? Respecto a DeGallo, quiero decir —inquirió, como si quisiese que olvidasen que aquel momento tan extraño había tenido lugar.

A Kendall le habría gustado tener una respuesta para esa pregunta. En esos momentos su futuro parecía tan incierto… No era la clase de persona que encontraba fascinante lo desconocido; más bien al contrario. Le gustaba contar siempre con un plan bien definido.

—No lo sé —admitió finalmente—. Con la sensación que tengo de que me ofreció el puesto sólo para conseguir información sobre Barton Limited… en fin, si es así no quiero trabajar en OmniTech. Quiero que se valoren mis conocimientos, mi experiencia y mi potencial, no que me utilicen.

—Podrías presentarle tu dimisión —propuso Matthias.

Kendall escrutó su rostro en silencio, preguntándose qué le habría hecho decir aquello. ¿Estaba pensando en lo que era mejor para ella o sólo querría que lo hiciese para fastidiar a Stephen DeGallo?

Hacía un par de semanas habría dado por sentado que lo que lo había movido a decir eso había sido más bien lo segundo, pero después de todo lo que había pasado, se dijo que quizá de verdad quisiera ayudarla a decidir lo que era mejor para ella.

—Supongo que no hará falta si como imagino lo que va a hacer es darme con la puerta en las narices ahora que ha visto que no voy a servir a sus propósitos —respondió encogiendo un hombro.

Matthias volvió a bajar la vista a su copa.

—Bueno, si decides dimitir, o si DeGallo es tan estúpido como para dejarte ir, hay una vacante por cubrir en Barton Limited —dijo alzando de nuevo la mirada hacia ella—. Si te interesa no tienes más que decírmelo; serías la persona perfecta para ese puesto.

El que le estuviera ofreciendo de nuevo su antiguo trabajo no hizo que Kendall se sintiera molesta como la primera vez. Quizá porque esa vez no estaba comportándose como un tirano arrogante.

Sin embargo, Kendall no tenía interés en volver a la situación en la que había estado los últimos cinco años. Quería… no, necesitaba

ser algo más que una secretaria. Quería hacer algo más con su vida.

—Matthias, no quiero volver a ser tu secretaria —le dijo—. Ya hemos hablado de esto. Necesito algo distinto, algo que suponga un reto para mí.

—No te estoy ofreciendo que vuelvas a ser mi secretaria —replicó él—; se trata de otro puesto.

—¿Qué puesto? —inquirió Kendall con cautela.

Matthias se volvió hacia la barandilla y alzó el rostro, fijando su vista en la luna llena.

—Estoy ultimando los detalles de la compra de una compañía dedicada al mercado tecnológico. No está en una situación muy boyante por culpa de la mala gestión de sus dueños, pero creo que tiene posibilidades, y necesitaré a alguien a mi lado, trabajando codo con codo conmigo para ponerla en forma.

Kendall no quería hacerse ilusiones. De hecho, el que estuviese mirando a la luna mientras hablaba le hacía pensar si no estaría ofreciéndole precisamente eso, la luna, algo que no existía.

—Cuéntame algo más de esa compañía —le pidió.

Matthias le habló de los dueños, de la trayectoria de la empresa, de las dificultades que habían tenido y, cuando terminó de hablar, Kendall le preguntó:

—¿Y qué salario y qué prestaciones obtendría?

—Respecto al salario, ganarías cuatro veces lo que ganabas siendo mi secretaria —respondió Matthias.

Kendall enarcó las cejas. Eso era el doble de lo que OmniTech iba a pagarle como subdirectora de la compañía.

—Y sobre las prestaciones… tendrías seguro médico y dental, contribución a un plan de pensiones, y si quieres hablaremos también de la participación de acciones de la compañía.

—Sí, quiero —dijo ella de inmediato.

Matthias, que en ese momento estaba llevándose de nuevo la copa a los labios, se detuvo, sorprendido por la rapidez con que Kendall había asentido, y parte del vino se derramó sobre su mano. Se pasó la copa a la otra y miró en derredor, buscando algo con que limpiarse.

Kendall, preparada como siempre, se sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo tendió.

Matthias le dio las gracias, se limpió la mano y luego,

probablemente sin darse cuenta, pensó ella, se guardó el pañuelo en su bolsillo.

Cuando volvió a mirarla parecía… agitado por algún motivo, pero se limitó a decir:

—Está bien; pues hablemos.

Kendall asintió.

—Soy toda oídos.

Capítulo 10

Stephen le había dicho que esa mañana, a pesar de que era sábado, tendrían una «reunión de trabajo» en una cafetería cercana al hotel, y había puesto especial énfasis en recalcarle que tenían que ponerse al día, ya que iban un poco retrasados. Kendall casi se había reído al oír aquello. Quizá fueran retrasados porque él no hacía más que preguntarle sobre su antiguo trabajo y sobre Barton Limited, y porque luego se iba por ahí con rubias despampanantes, dejándola plantada.

Aunque era temprano… y sábado, había bastante gente por la calle, observó mientras esperaba a la puerta de la cafetería. Al contrario que ella, que se había puesto su ropa de trabajo, unos pantalones y una camisa, todo el mundo iba de *sport,* con camisetas, pantalones cortos, amplios vestidos de algodón y zapatillas de deporte o sandalias.

Claro que toda esa gente tenía el día libre, porque era sábado, por si no lo había mencionado.

Un día ella llevaría las riendas de su propia empresa y jamás se trabajaría en fin de semana. Y decretaría que al menos un día a la semana los empleados pudieran ir vestidos como quisieran.

Era consciente de que en los negocios había que dar una buena impresión, y en esos cinco años había tratado de dar una imagen profesional porque le parecía que era lo que se esperaba de ella, pero siempre había pensado que si ella estuviera al frente de una compañía, preferiría tener una plantilla de empleados felices y productivos que fuesen a trabajar vestidos de un modo informal, antes que un puñado de androides uniformados que siempre estaban deseando que llegase la hora de irse y que no rendían.

Matthias no le había dicho cuál sería el trabajo que realizaría

exactamente en aquella empresa que iba a comprar, pero eso no le preocupaba. Matthias era bastante abierto de mente y tenía visión de futuro; estaba convencida de que le daría libertad suficiente para operar, para hacer las cosas a su manera, y estaba deseando empezar.

Justo en ese momento apareció Stephen. Iba vestido con unos pantalones vaqueros, una camisa hawaiana y sandalias, observó Kendall con irritación y cierta envidia.

Entraron en la cafetería, se sentaron en una mesa cerca del ventanal que daba a la calle y pidieron dos cafés.

—No tenías que vestirte de trabajo —le dijo momentos más tarde, cuando el camarero se retiró tras servirles los cafés.

—Bueno, como se supone que vamos a trabajar, me he vestido de trabajo —contestó ella con aspereza.

—Ya, pero hoy es sábado —replicó él con una sonrisa—. Deberías tratar de ser un poco menos seria y disfrutar más de la vida.

«Sí, como hiciste tú anoche, ¿no?», le espetó ella mentalmente, mordiéndose la lengua.

—¿Qué te pasó anoche? —le preguntó con fingida educación.

Stephen frunció el entrecejo.

—¿Anoche?

Kendall asintió.

—Se suponía que habíamos quedado para cenar en el hotel, para hablar sobre a qué mutua de seguros me convendría más acogerme.

Stephen sacudió la cabeza.

—No, eso es de lo que vamos a hablar esta tarde.

—Perdona que insista, pero me aseguraste que de eso era de lo que íbamos a hablar anoche, durante la cena. De hecho, recuerdo perfectamente que cuando nos separamos unas horas antes me dijiste «quedamos en el comedor a las seis y media». Te estuve esperando veinte minutos, Stephen, pero no apareciste.

Stephen parecía sorprendido por el tono que estaba empleando con él. Normalmente no se dirigiría así a su jefe, pero Stephen DeGallo había estado utilizándola, y por ahí Kendall no estaba dispuesta a pasar.

Los ojos de Stephen relampaguearon, pero luego esbozó una sonrisa forzada y le dijo:

—Quería decir a las seis y media de esta tarde.

—No, me dijiste a las seis y media de ayer, viernes —replicó ella con seguridad—. Yo no cometo errores de ese tipo.

—Tampoco yo.

—Pues me temo que ayer sí —insistió ella con retintín—. O quizá es que estabas demasiado… ocupado con una manera mejor de pasar el tiempo. ¿Podía ser rubia tal vez?

La sonrisa se borró al instante de los labios de Stephen, que apretó la mandíbula y la miró con los ojos entornados.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo, Kendall.

—Lo es si afecta a mi trabajo.

DeGallo resopló con desdén.

—Pues ya no lo tienes; quedas despedida.

No era que a Kendall le importara, ya que le ahorraría el tener que presentarle su dimisión, pero se sintió obligada a preguntar:

—¿Por qué motivo?

Quería saberlo; más que nada para no dejar ningún cabo suelto. De acuerdo, y también por fastidiarlo un poco.

—¿Que por qué motivo? —repitió él con incredulidad—. Para empezar, ¿qué te parece por insubordinación? Por no mencionar que no das la talla para ocupar el puesto que te había ofrecido.

Ridículo, pensó Kendall. Estaba perfectamente capacitada para el puesto.

—También porque no has mostrado intención alguna de cooperar, y porque no sabes jugar en equipo.

Kendall asintió. Sí, bueno, de acuerdo con su definición de esos términos no podía negar que en eso tenía razón.

—En otras palabras, que estás despidiéndome porque mi sentido de la ética me impide desvelarte los secretos de la empresa para la que trabajaba ante.

Stephen apretó los labios, pero no dijo nada.

—¿Por eso me ofreciste el puesto, Stephen? ¿Porque creías que iba a contarte las manías y los hábitos de Matthias Barton, junto con los detalles de las operaciones que llevó a cabo durante el tiempo que estuve trabajando para él?

Stephen soltó una risita desagradable.

—¡Como si Barton fuese a ser tan estúpido como para permitir que una simple secretaria estuviese al tanto de cualquiera de sus

negocios! —exclamó con desdén—. No sé ni por qué pensé que una doña nadie como tú podría proporcionarme información de algún valor sobre nuestro rival.

Kendall le dirigió una sonrisa burlona.

—Pues para empezar, Stephen, deberías saber que las secretarias son la columna vertebral de cualquier empresa; no unas doñas nadie. Y en segundo lugar, te equivocas, sé más de Barton Limited que el propio Matthias Barton. De hecho, si hablaras con él, te diría que no puede prescindir de mí. Tanto es así, que me ha ofrecido otro puesto, un puesto de ejecutiva —le espetó—. No puedes despedirme, Stephen —le dijo poniéndose de pie—, porque dimito —se colgó el bolso del hombro y le dijo—: Gracias por el café. Y por esta lección tan valiosa; te aseguro que me ha servido de mucho.

Y dicho eso salió de la cafetería sin mirar atrás. Qué a gusto se había quedado, pensó con una amplia sonrisa mientras regresaba al hotel. La Kendall insegura de un par de semanas atrás diría que se había mostrado demasiado brusca y agresiva, pero no era verdad, o al menos no era algo malo. Ahora iba a ser una ejecutiva, y en el mundo de los negocios, por el modo en que había lidiado con Stephen, se diría que era una mujer directa y segura de sí misma. Pues sí.

Estaba siendo un día de lo más completo: había aceptado un nuevo empleo que prometía ser una gran oportunidad para su carrera, había dimitido de otro que había resultado ser un engaño, había descubierto que era una mujer directa y segura de sí misma, y ahora iba camino del hotel para…

Se paró en seco, y esa seguridad en sí misma que había tenido hacía sólo un momento se desvaneció por completo.

Stephen DeGallo no iba a seguir pagándole el hotel ahora que ya no era su empleada. Y probablemente cancelaría el billete de regreso a San Francisco, y le quitaría el coche de alquiler.

Dios, ¿qué iba a hacer? Estaban en temporada alta y con tanto turista sería bastante difícil que consiguiese una habitación en otro hotel, ni otro coche de alquiler, ni otro billete de avión.

Matthias estaba leyendo una novela policíaca que había encontrado en una de las estanterías del salón cuando sonó el

timbre de la puerta. Dejó el libro abierto boca abajo sobre el sofá y fue a abrir.

Se preguntó quién podría ser. Tal vez Mary, la guardesa, que hubiese decidido pasar por allí para ver si necesitaba algo y si estaba todo en orden. No la había vuelto a ver desde el día en que había llegado.

Para su sorpresa, sin embargo, no se trataba de ella, sino de Kendall. También lo sorprendió ver una maleta a sus pies, pero sin duda lo que más lo sorprendió fue su atuendo.

No porque fuese nada fuera de lo normal, sino porque nunca la había visto vestida con ropa informal: unos vaqueros tan gastados que tenían algún que otro roto, y una camiseta de color lila lo bastante corta como para dejar al descubierto una franja de blanca piel entre el dobladillo y la cinturilla de los pantalones.

—¿Puedo pedirte un favor? —inquirió en un tono quejumbroso.

Matthias despegó con dificultad los ojos de aquella franja de piel desnuda tan tentadora.

—Eh… claro.

—¿Podría quedarme aquí un par de días? —preguntó.

A Matthias no lo habría sorprendido más si le hubiese pedido que sacase el edificio del Empire State de una chistera.

—¿Problemas en el hotel? —inquirió frunciendo el entrecejo.

Kendall negó con la cabeza.

—Problemas con OmniTech.

Vaya, eso sonaba prometedor.

—¿Qué clase de problemas?

—Digamos que he dimitido; hace unas horas.

No, aquello no era prometedor; era perfecto.

Antes de que pudiera decir nada, Kendall añadió:

—Lo que pasa es que no me paré a pensar que, al dimitir, Stephen dejaría de pagarme el hotel. Apenas me han dado tiempo para recoger mi equipaje, porque cuando llegué Stephen ya había llamado para decir que mi habitación iba a quedarse libre —le explicó, gesticulando exageradamente por lo agitada que estaba.

Matthias dio gracias a Dios en silencio por la mezquindad de DeGallo.

Los aspavientos de Kendall habían hecho que la camiseta se le subiese un poco, y había quedado a la vista su ombligo, un ombligo

precioso. De pronto Matthias se encontró imaginándose a sí mismo imprimiendo sensuales besos por ese liso abdomen antes de introducir la lengua en aquel delicioso ombligo y…

Por el amor de Dios, ¿en qué estaba pensando? ¡Estaba fantaseando con el ombligo de Kendall! Ese ombligo y el resto de su cuerpo le estaban absolutamente vetados porque… porque…

Bueno, porque se trataba de Kendall, diablos, concluyó irritado. Ésa era razón más que suficiente. No quería complicar las cosas teniendo un romance con ella.

Kendall era su empleada, una empleada valiosa, una empleada en la que confiaba… una empleada de cabello rubio y sedoso. Se lo había dejado suelto, cayéndole sobre los hombros, y Matthias se moría por volver a tocarlo.

No, Kendall era una empleada eficiente, una empleada con un inquebrantable sentido de la ética profesional, era una empleada con unos ojos verdes grandes y bellísimos que…

—Y, en fin, si todavía sigue en pie lo de ese puesto que me ofreciste ayer, estoy dispuesta a volver a trabajar para ti —dijo Kendall.

La palabra «trabajar» debería haber devuelto a Matthias a la realidad, pero fue otra palabra, «dispuesta», la culpable de que empezase a fantasear de nuevo, imaginándose a Kendall en la cama con él, húmeda y dispuesta…

—¿Matthias?

El tono de extrañeza y preocupación de Kendall lo ayudó por fin a apartar aquellos pensamientos tan inapropiados de su mente.

—Perdona, es que estaba… acordándome de algo que tengo que anotar para que no se me olvide —se inventó él sobre la marcha.

—Ya. Bueno, entonces… ¿te importaría que me quedara un par de días? —inquirió ella de nuevo—. He tenido que comprar otro billete de avión, y el vuelo en el que me han encontrado sitio no sale hasta el lunes. También he estado buscando habitación en otros hoteles, pero están todos completos por la época del año en la que estamos y…

—Kendall, Kendall —la interrumpió él—. No tienes que darme más explicaciones; por supuesto que puedes quedarte. Esta casa es enorme.

—Gracias —contestó ella con una expresión inconfundible de

alivio.

Se agachó para recoger la maleta, pero Matthias se adelantó.

—Deja, ya la llevo yo —le dijo.

Kendall pareció sorprendida por el gesto. O quizá simplemente fuera que estaba acostumbrada a ser ella la que hiciese cosas por él y no al contrario.

Bueno, hasta entonces ése había sido su trabajo, y él le había pagado por ello, pero… ¿cuándo había hecho Matthias algo por ella?

Cada año le había regalado bombones por su cumpleaños, sí, y cestas de Navidad, pero aquello habían sido sólo los típicos regalos que un jefe les hacía a sus empleados.

Claro que Kendall nunca había dado muestras de que esperase nada de él. No, aquello no era excusa para su falta de atención hacia ella.

Kendall lo siguió al piso de arriba, donde había varios cuartos de invitados donde elegir. Sin preguntarse siquiera por qué, Matthias se dirigió directamente al que estaba al lado del dormitorio principal, donde dormía él.

Aquella habitación estaba decorada en tonos verdes y dorados, y la cama estaba cubierta con una bonita colcha de *patchwork*. Matthias la había bautizado como «la habitación rústica». Era muy acogedora y agradable.

Las amplias ventanas se asomaban a una extensión salpicada de altos pinos, y en la distancia podía verse el lago.

Por la noche podría hacer como él, tumbarse en la cama con la ventana abierta y escuchar el viento meciendo las copas de los árboles y el ulular de un búho solitario que rondaba por aquella zona.

¿Qué? Tampoco era que hubiese mucho con lo que entretenerse por las noches en una casa en medio del campo. Bueno, al menos hasta ese día no lo había habido.

—Si quieres puedes quedarte unos días más —le dijo, dejándose llevar por un impulso mientras depositaba la maleta en el suelo, junto a la cama.

Cuando se giró, vio que Kendall se había quedado en el umbral de la puerta, como si no se atreviese a entrar.

—Quiero decir que… en fin, tú has dimitido de tu puesto en

OmniTech y yo no vuelvo a San Francisco hasta dentro de unas cuantas semanas. Además, ¿cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones?

—Bueno… no hace tanto. Tuve dos semanas de vacaciones forzosas cuando dejé Barton Limited —le recordó ella.

—Oh. Es verdad. ¿Y qué hiciste en esas dos semanas? —inquirió él—. Me apuesto algo a que no saliste de la ciudad, ¿a que no?

—No —admitió ella—. Estuve organizando unas cuantas cosas en mi apartamento, cosas que había ido posponiendo.

—¿Lo ves? Necesitas unas vacaciones de verdad.

Kendall se rodeó la cintura con los brazos.

—Y supongo que te habrás traído un montón de trabajo y no te iría mal que te echara una mano, ¿no?

—Por supuesto que no se trata de eso —replicó él acaloradamente—. Bueno, sí que me he traído trabajo, pero hasta ahora me las he estado apañando muy bien solo.

Más o menos, añadió reacio para sus adentros. El Excel seguía dándole problemas, y no sabía por qué, últimamente cada vez que intentaba mandar un correo electrónico le salía una ventanita con un montón de símbolos raros.

Kendall le sonrió como si supiera que no estaba siendo sincero, y luego lo sorprendió diciendo:

—De acuerdo, me quedaré unos días más. La verdad es que éste es un sitio precioso y que no me vendría mal tomarme un descanso.

Matthias no supo cómo interpretar la honda sensación de satisfacción que lo invadió por que hubiera aceptado su invitación.

De hecho, se dijo que no era el momento para ponerse a analizar su reacción cuando Kendall acababa de poner los brazos en jarras con una amplia sonrisa, y la camiseta había vuelto a subírsele un poco, dejando a la vista de nuevo aquel delicioso ombligo.

La sensación de satisfacción se tornó entonces en una ola de calor, y de pronto tuvo el convencimiento de que nunca se sentiría tan afortunado como en ese momento, con Kendall y su ombligo en la misma habitación que él, y sabiendo que iba a quedarse varios días allí.

Se equivocaba, porque lo siguiente que dijo Kendall hizo que sintiera deseos de abrazarla.

—Necesito ir al pueblo a comprar unas cosas —comenzó—.

Podrías venirte conmigo y comprarte una agenda electrónica nueva. Yo le ajustaría las opciones a tu gusto, para que te sea más fácil usarla.

Fue entonces cuando Matthias supo sin lugar a dudas que Kendall Scarborough era la única mujer del mundo que podría hacerlo feliz.

—Además, necesito que me lleves. Yo me he quedado sin coche. Me ha traído una mujer que trabaja en el hotel y venía de camino —añadió ella—. Y de paso compraremos unas verduras, y carne, y también pescado. No se si tú estás cansado o no de esa comida preparada que tienes en la nevera, pero yo estoy harta de la comida de restaurante. Esta noche vamos a cocinar.

Capítulo 11

En un pueblo tan pequeño como Hunter's Landing no pudieron encontrar una agenda electrónica para Matthias, pero compartieron un banana split en la heladería, entraron en un salón de máquinas de arcade y probaron varios juegos, compraron verduras, fruta, huevos y otras cosas en el mercado y acabaron tomándose una cerveza en un *pub* a última hora de la tarde.

Curiosamente Matthias se había olvidado por completo de la agenda electrónica, y cuando Kendall se lo mencionó en el *pub*, al principio se quedó mirándola con el entrecejo fruncido, sin saber de qué le estaba hablando.

Oh, sí, recordó entonces, ésa era una de las razones por las que habían ido al pueblo. Claro que estaba pasándolo tan bien con Kendall que en ese momento ni se acordaba de para qué quería una agenda electrónica.

Tampoco podía acordarse de cuándo había sido la última vez que había entrado en un salón de juegos. Probablemente habría sido con Luke, de chiquillos, y seguramente habrían jugado el uno contra el otro como si fuese una batalla a vida o muerte.

Con Kendall ni se había preocupado de quién iba ganando o perdiendo.

Y tampoco se acordaba de cuándo había sido la última vez que se había tomado un banana split. Incluso el tomarse una cerveza tranquilamente en un *pub* era algo inusual para él. Estaba siendo un día muy agradable, y algo le decía que hubiera sido igual de agradable aun sin todas esas cosas, sólo porque Kendall estaba siendo parte de él.

¿Cómo podía ser que nunca se hubiese dado cuenta de lo mucho que le gustaba estar con ella?, se preguntó durante el trayecto de

regreso a la cabaña, mientras charlaban animadamente.

Kendall llevaba cinco años trabajando para él… cinco años, y ni una sola vez se le había ocurrido que el motivo por el cual estaba satisfecho con su vida era porque Kendall había entrado a formar parte de ella.

Durante todo ese tiempo había creído que la valoraba por su eficiencia, y únicamente cuando le había presentado su dimisión se había dado cuenta de que era mucho más para él que una secretaria.

Le gustaba Kendall; le gustaba muchísimo. Y no sólo como empleada, sino también como persona, como amiga. Había una camaradería entre ellos que no había advertido hasta entonces.

En ese mismo momento, el simple hecho de estar charlando con ella y sentirse tan a gusto… Bueno, aquello era algo que no le ocurría con todo el mundo. Ni siquiera era capaz de mantener una conversación tan distendida con algunas personas a las que conocía casi desde hacía el doble de tiempo que la conocía a ella.

Y la noche anterior… la noche anterior había sido una de las veladas más agradables de toda su vida.

Incluso más tarde, mientras guardaban los alimentos que habían comprado en el pueblo, hablaban e iban de un lado al otro de la cocina, perfectamente compenetrados, como si aquello fuese algo que hiciesen juntos a diario, se sintió estupendamente.

La preparación de la cena fue otra sinfonía de armonización perfecta, igual que después, cuando recogieron la mesa y fregaron los platos.

Mientras Matthias abría una segunda botella de vino, Kendall sacó un par de copas limpias del aparador y luego fueron a sentarse en el salón.

El sol estaba poniéndose ya sobre las montañas, y Matthias vio a Kendall ir a encender una lámpara y vacilar antes de encenderla.

Matthias entendía por qué. La luz del atardecer era demasiado hermosa como para no disfrutar de ella.

Cuando fue hasta el ventanal él se acercó también. Sin embargo, el lago y las montañas no le parecieron comparables a la expresión de serenidad en el rostro de Kendall. Así era como él se sentía en ese momento: en paz.

—Este lugar es tan hermoso… —murmuró Kendall.

Matthias asintió distraído, aún con la vista fija en ella.

—Sí que lo es.

—Es una lástima que tu amigo hiciera construir esta cabaña y no haya podido disfrutar de ella.

Él suspiró y se volvió hacia el cristal.

—Bueno, yo creo que ahora mismo, donde quiera que esté, debe de estar disfrutando viendo el efecto que este sitio está teniendo en cada uno de nosotros —respondió—. Creo que hace años, cuando empezó a construir esta casa, de algún modo sabía la clase de hombres en que se convertirían los otros seis «samuráis».

—¿Y en qué clase de hombres os habéis convertido? —inquirió ella sin comprender.

Matthias inspiró profundamente y exhaló un pesado suspiro.

—En hombres demasiado ocupados en construir sus imperios como para recordar quiénes fueron una vez; hombres tan ocupados que se han olvidado de cómo vivir.

Sin embargo, cuando estaba pronunciando esas palabras se dio cuenta de que ese día había sido un hombre distinto. Ese día se había olvidado por completo del trabajo, de su imperio. Ese día, más que nunca, sentía que había vivido, que había disfrutado más de lo que había disfrutado nunca con su trabajo.

Por el rabillo del ojo vio a Kendall girarse hacia él, pero permaneció con la vista fija en el paisaje, buscando algo, aunque no sabía muy bien qué.

—Lo echas de menos, ¿no? —inquirió ella con voz suave.

Matthias asintió.

—Todo pasó demasiado deprisa. Cuando le detectaron el cáncer ya era demasiado tarde para salvarlo.

—Debió de ser muy duro para tus amigos y para ti.

«Duro» no era la palabra, pensó Matthias. Aquello los había destrozado; había sido un mazazo tremendo.

—Tras su muerte el grupo se rompió. Hunter había sido como el cemento que nos había mantenido unidos hasta entonces. Creo que ése era su don. Tenía una gran facilidad para comprender a las personas, para entender por qué eran como eran, por qué se comportaban como lo hacían. No hay más que ver lo que consiguió con mi hermano Luke y conmigo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella curiosa—. Pensaba que no

os llevabais bien.

—Y no nos llevamos bien —respondió él—. Bueno, no nos llevábamos bien —se corrigió de inmediato—, ahora hemos llegado a un cierto entendimiento. No, lo que quiero decir es que en nuestros años de universidad sí conseguimos llevarnos bien. Hunter logró hacernos ver más allá de la rivalidad que había entre nosotros, una rivalidad que fomentaba nuestro padre. Luke y yo fuimos amigos, amigos de verdad, durante esos años, pero después de la muerte de Hunter…

No terminó la frase. Lo que había ocurrido entre Luke y él era complicado, y esa noche no le apetecía nada hablar de cosas complicadas.

—El caso es que nos distanciamos después de la universidad y perdimos todo contacto los unos con los otros… hasta ahora —concluyó volviéndose finalmente hacia Kendall con una sonrisa—. ¿Recuerdas que te dije que vamos a reunimos todos aquí en septiembre cuando Jack, que es el último, termine su mes? Estaba preguntándome si te gustaría venir conmigo.

No sabía qué le había hecho decir eso, pero sí, la verdad es que le gustaría muchísimo que Kendall fuese con él.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, obviamente sorprendida, pero luego sonrió y asintió con la cabeza.

—Me encantaría —contestó—. Sería estupendo poder conocer a tus viejos amigos, y también a tu hermano.

Matthias tampoco supo qué le movió a hacer lo que hizo luego. Quizá fuese la magia del momento, de la cabaña, o la magia que parecía tejer aquella mujer que estaba a su lado, el caso es que se inclinó y posó sus labios sobre los de Kendall.

Al principio fue un beso vacilante, porque una parte de él temía que ella se apartara, pero no lo hizo, sino que ladeó un poco la cabeza y respondió al beso suave y dulcemente, como si hubiese estado esperándolo, como si hubiese estado preguntándose por qué había tardado tanto.

Kendall no estaba segura de cuándo había desaparecido la línea que los había separado hasta entonces a Matthias y a ella. No sabría decir si acababa de desaparecer en ese momento, o si había sido

cuando estaban en la heladería, compartiendo el banana split, o si habría sido antes, cuando le había presentado su dimisión, o si quizá habría sido hacia años, y ella ni siquiera se había dado cuenta.

Sin embargo, con él besándola como estaba besándola en ese momento, sí supo que esa barrera intangible no volvería a interponerse entre ellos. Luego sencillamente dejó de pensar y se concentró en las deliciosas sensaciones que estaban invadiéndola.

Sin dejar de besarla, Matthias le quitó la copa de la mano, y los labios de Kendall fueron detrás de los suyos cuando se inclinó hacia el lado para dejar primero una copa y luego la otra sobre una mesita alta que había cerca.

Después él la atrajo hacia sí e hizo el beso más profundo. Kendall sintió cómo los dedos de él subían por su espalda para luego masajearle suavemente la nuca y enredarse en su cabello.

Ella, por su parte, alzó las manos para tomar el rostro de Matthias y luego dejó que resbalaran por su cuello hasta posarse en sus anchos hombros.

El corazón de Matthias latía con fuerza contra su pecho, igual que el de ella, y la respiración de ambos estaba tornándose entrecortada al tiempo que el beso se volvía más y más apasionado.

Una de las manos de Matthias permaneció en su cabello, pero la otra descendió hasta la cadera, y se deslizó después hacia atrás para cerrarse en torno a su nalga y atraerla más hacia él.

Kendall respondió por instinto, frotando su pelvis contra la de él de un modo sinuoso y sensual, y le encantó el gemido de satisfacción que escapó de la garganta de Matthias.

La mano de él subió para introducirse por debajo de la camiseta de algodón que llevaba, y cuando se dio cuenta de que no tenía puesto sujetador gimió de nuevo, y se deleitó subiendo y bajando la mano por su espalda desnuda al tiempo que hacía el beso aún más profundo.

Kendall decidió que ahora le tocaba a ella, y metió también una mano por debajo de la camiseta de él. Sus dedos lo exploraron como él estaba explorándola a ella, y luego se deslizaron hacia el pecho para enredarse en el rizado vello que lo cubría.

Matthias tampoco estaba perdiendo el tiempo. En ese momento estaba desabrochándole el botón de los vaqueros y después le bajó

la cremallera antes de que su mano regresara a la espalda de Kendall.

No permaneció allí más que unos segundos, ya que pronto se deslizó dentro de los vaqueros de ella, y dentro de sus braguitas, y comenzó a acariciarle las nalgas con fruición.

Kendall sintió que un calor húmedo afloraba entre sus muslos, y casi explotó cuando Matthias introdujo un dedo entre ellos.

—Oh —jadeó contra sus labios—. Matthias…

Sin embargo, antes de que pudiera decir nada más, él volvió a cubrir sus labios con los suyos. Tampoco era que Kendall supiese exactamente qué habría dicho si le hubiese dejado seguir hablando. En ese momento sólo quería que continuara con lo que estaba haciendo.

Ansiosa por tocarlo ella a él también, introdujo una mano entre ambos y apretó la palma de la mano contra su miembro erecto a través del pantalón.

Matthias gimió excitado y empujó las caderas contra su mano, instándola a que hiciera más. Kendall le desabrochó los vaqueros y le bajó la cremallera como había hecho él, y metió la mano en sus *boxers* para tocarlo de un modo más íntimo; así, piel contra piel… Su miembro era tan grande y tan suave, y estaba tan duro…

Durante un buen rato siguieron besándose y tocándose el uno al otro, y cuando por fin empezaron a apartarse de la ventana Kendall no habría sabido decir de quién había sido la iniciativa.

En medio de los ardientes besos y caricias, que no cesaban, atravesaron el salón y subieron las escaleras.

En el pasillo se detuvieron y Matthias se apartó un poco de ella, como si quisiese darle la posibilidad de elegir si quería seguir adelante o echarse atrás ahora que aún estaban a tiempo.

Aquella vacilación por su parte sorprendió a Kendall. Por lo general Matthias era un hombre que, cuando quería algo, hacía lo que tuviese que hacer para conseguirlo y no se paraba a considerar nada más ni se detenía ante nada.

De hecho, no la habría sorprendido que la hubiese alzado en volandas y la hubiese llevado al dormitorio para hacerla suya. Sobre todo cuando ella le había dejado muy claro que era eso lo que quería que hiciese.

Cuando vio que ella no objetaba, la tomó de la mano,

entrelazando sus dedos, y la condujo al dormitorio principal.

Una vez allí, se colocó detrás de ella, le rodeó la cintura con un brazo, y le apartó el cabello a un lado para depositar un casto beso en su nuca que, irónicamente, la excitó más que todos los otros besos que le había dado antes.

La atrajo hacia sí, y Kendall sintió claramente su erección contra la parte baja de la espalda, y cuando Matthias comenzó a mordisquearle el cuello, ladeó la cabeza para darle más espacio para maniobrar, y levantó los brazos para enredar los dedos en su corto cabello.

Matthias aprovechó entonces para cubrirle los senos con las manos, y los masajeó a través de la camiseta mientras seguía besándole el cuello. Kendall jadeó, y Matthias dejó caer las manos para agarrar el dobladillo de la prenda y sacársela por la cabeza.

Apenas la hubo arrojado al suelo sus manos tomaron de nuevo posesión de los senos de Kendall, y empezó otra vez a apretarlos y masajearlos suavemente.

Frotó la yema del pulgar contra un pezón al tiempo que su otra mano descendía por el torso de Kendall. El dedo corazón se introdujo en el ombligo al pasar sobre él, y luego Matthias metió la mano dentro de sus braguitas y con sus dedos separó los húmedos e hinchados pliegues.

Todo su cuerpo se puso tenso como la cuerda de un arco mientras él le masajeaba un seno con una mano y con la otra exploraba la parte más íntima de su ser.

El dedo que se había adentrado en ella estaba moviéndose ahora más deprisa, llevándola a nuevas alturas, y pronto Kendall se vio sacudida por un orgasmo que la dejó sin aliento.

Por un instante fue como si el tiempo se hubiese detenido, y permaneció apoyada contra Matthias, jadeante y sudorosa.

Cuando por fin recobró el aliento se volvió hacia él y empezaron a besarse y a desvestirse el uno al otro, dejando las prendas allí donde caían. De camino a la cama Matthias se detuvo un instante para encender tres velas que había sobre la repisa de la chimenea, y su tenue y suave luz inundó la habitación.

Al llegar junto a la cama Matthias se sentó en el borde del colchón y atrajo a Kendall para que se colocara a horcajadas sobre él. Luego le rodeó la cintura con un brazo y la besó de un modo

ardiente.

Kendall cerró los dedos en torno a su miembro y empezó a frotarlo de arriba abajo mientras seguían besándose. Matthias le agarró las nalgas con ambas manos y, con la lengua dentro de su boca, simuló la primitiva danza que después ejecutarían juntos.

Asiéndola por la cintura la hizo tumbarse con él, de modo que quedaron tendidos ella sobre la espalda, y él sobre el costado con una pierna atravesada sobre las de ella y un brazo sobre sus senos.

La besó en la mandíbula, en la mejilla, en la sien, en la frente y luego descendió hacia su cuello y después hacia un pecho. Al llegar a éste se tomó su tiempo, lamiendo el pezón antes de succionarlo, en tanto que cubría el otro pecho con la mano y lo pellizcaba suavemente.

Kendall, que quería más, abrió las piernas y se frotó jadeante contra su muslo.

Matthias pareció comprender lo que necesitaba, porque después de unos cuantos lametones más a su pezón, que casi le hicieron perder la cordura, continuó viaje hacia el sur.

Se detuvo un momento en el ombligo, introduciendo la punta de la lengua en él, como había fantaseado con hacer desde la primera vez que lo había visto, y luego siguió bajando.

Le abrió las piernas a Kendall y agachó la cabeza para deslizar la lengua sobre los húmedos pliegues. Continuó lamiéndola a placer de esa manera, con toda la lengua, y luego dibujó círculos con la punto de la lengua antes de meter las manos por debajo de sus nalgas para levantarle un poco las caderas.

Entonces separó sus pliegues con los dedos, y la penetró con la lengua una y otra vez y después con el dedo más despacio, con más sensualidad.

Kendall sintió que las oleadas de placer se hacían más intensas, y su cuerpo comenzó a temblar con el inicio de un segundo orgasmo.

Matthias, que pareció advertirlo, se incorporó para ponerse de rodillas frente a ella. Le abrió las piernas y, asiéndola de un talón con cada mano, tiró de ella hacia sí hundiéndose en su interior.

Después enganchó las piernas de Kendall sobre sus hombros, se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el colchón, a ambos lados de ella, y empujó las caderas, llegando aún más dentro de

ella.

Luego comenzó a moverse, primero despacio, después más deprisa, y Kendall se aferró a sus bíceps hasta que finalmente llegaron juntos al orgasmo y cada uno gritó el nombre del otro.

Durante un largo rato permanecieron abrazados, temblorosos todavía por los ecos del clímax. Después Matthias se quitó de encima de ella y se tumbó a su lado, rodeándole la cintura con un brazo.

Fue entonces cuando Kendall empezó a tener dudas respecto a si permitir que ocurriera aquello había sido una buena idea. Sólo entonces fue consciente de que no estaba encaprichada con su jefe, que aquello era más, mucho más, y no estaba segura de que Matthias sintiera, o pudiera llegar a sentir jamás lo que ella sentía por él.

Capítulo 12

Cuando Kendall se despertó, no estaba segura de dónde estaba. El sol todavía no había salido, pero había un brillo dorado difuso bailando a los pies de la cama. Tampoco estaba segura de qué podía ser aquel brillo. Apenas podía abrir los ojos, pero se sentía maravillosamente feliz por alguna razón, y muy a gusto. Se acurrucó y se arrebujó bajo las sábanas.

Iba a exhalar un suspiro cuando su cerebro comenzó a funcionar, aunque no demasiado deprisa. Estaba desnuda… ¿Por qué estaba desnuda? Y… un momento… ese brillo a los pies de su cama no podía ser otra cosa más que… fuego. ¡Oh, Dios había fuego en su habitación!

Se incorporó como un resorte, preparada para salir corriendo, y al hacerlo empujó a un lado a la persona que estaba junto a ella, que rodó y cayó al suelo con un golpe seco.

¿Por qué había alguien en su cama? Aquella persona emitió un gruñido, que le resultó muy familiar, y Kendall recordó entonces que aquélla no era su cama, que aquél no era su apartamento y también se dio cuenta de que lo que había creído que era fuego no lo era, sino simplemente unas velas. Y la razón por la que se sentía tan bien era porque Matthias y ella habían estado haciendo…

Matthias lanzó un brazo sobre el colchón con un nuevo gruñido, se levantó del suelo, y volvió a subir a la cama.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema? —inquirió en un tono preocupado.

¿Que si había algún problema? Para empezar no debería haberse acostado con él, se dijo Kendall. Matthias volvía a ser su jefe, y tener un romance con el jefe no era algo muy inteligente.

Sin embargo, el despertarse a su lado había sido tan

maravilloso… Habría sido una idiota si se hubiese negado a hacer el amor con él la noche anterior, sobre todo sintiendo lo que sentía por él.

Sí, ya no podía seguir engañándose. Se había enamorado de su jefe. Dios, se había enamorado de su jefe. ¿Cómo podía haber hecho algo tan estúpido?

Además, estaba segura de que Matthias no sentía lo mismo por ella. No iba a ser tan ingenua como para pensar que el que hubiesen hecho el amor… varias veces… significaba que sintiese algo por ella.

—No, claro que no —mintió, confiando en que él no advirtiera la agitación en su voz—. No hay ningún problema. Todo es maravilloso, fantástico, fabuloso. Las cosas no podían ir mejor. De hecho, va todo tan bien que quiero marcharme ahora mismo, antes de que ocurra algo que lo estropee. Llámame cuando estés de regreso en San Francisco. Adiós.

Iba a bajarse de la cama cuando él la agarró por la muñeca, tiró de ella, haciendo que volviera a tumbarse, y la besó hasta dejarla sin aliento.

—¿Vas a algún sitio? —inquirió con voz acariciadora.

—Eh… no —fue todo lo que acertó a decir ella, aturdida aún por el beso.

—Bien, porque no hemos acabado; ni de lejos.

«Oh, cielos», pensó Kendall.

—Claro que primero deberíamos desayunar —dijo él riéndose suavemente.

Bueno, sí, por supuesto, primero tendrían que desayunar, se dijo ella.

—Y lo que me apetece para desayunar es algo dulce, una joven de cabello rubio y ojos verdes —añadió él con una sonrisa lobuna.

Ya ella le apetecía algo picante y sensual, como aquel hombre moreno de ojos negros que estaba a su lado. ¡No! ¿En qué estaba pensando? ¿Es que se le habían fundido las neuronas o algo así?

—Matthias, tenemos que hablar —le dijo en un tono de suave reproche.

Él levantó una mano para acariciarle el pecho.

—No, yo creo que éste no es un buen momento para hablar cuando podemos hacer cosas mucho más… interesantes.

Estaba inclinándose para besarla cuando Kendall le puso una mano en el pecho para mantener las distancias entre ellos.

—Tenemos que hablar —le repitió con más firmeza.

Matthias exhaló un suspiro.

—¿De qué tenemos que hablar? —inquirió, como irritado.

Sí, debía de estar irritado porque no quería darse otro revolcón con él y en vez de eso quería que hiciesen algo tan propio de las mujeres como hablar de sus sentimientos. Pero es que ella necesitaba saber qué sentía Matthias hacia ella.

Inspiró profundamente, y le preguntó:

—¿Qué hemos hecho, Matthias? ¿Qué ocurrió anoche?

Él vaciló un instante antes de contestar, como si estuviese tratando de escoger cuidadosamente las palabras.

—Bueno, estábamos en el salón, mirando por la ventana, y tú me besaste y…

—No, fuiste tú quien me besaste.

—… y seguimos besándonos —continuó el, ignorando su puntualización. Y subimos aquí, al dormitorio, y… bueno, hubo sexo. Después nos entró hambre y decidimos bajar a comer algo, pero nos detuvimos en el pasillo y allí nos regalamos con un pequeño… «aperitivo». Y luego lo hicimos otra vez en las escaleras, y en la alfombra del salón… y por fin paramos un poco para ir a la cocina a tomar algo antes de volver aquí y hacerlo otra vez. Después nos quedamos dormidos, y ahora nos hemos despertado y estamos hablando.

—Así que… ¿eso es todo? ¿Todo se reduce a eso, a sexo? —inquirió ella.

Matthias vaciló de nuevo y Kendall escrutó su rostro en la penumbra, deseando que hubiese más luz para poder verlo mejor. No sabría lo que pensaba de verdad, ni si estaría diciéndole la verdad si no podía verle bien la cara y mirarlo a los ojos.

—¿Qué quieres decir con que se reduce a eso? Dicho así suena como si hubiese sido algo de lo más prosaico, y lo de anoche fue espectacular. ¿No lo fue también para ti?

Oh, para ella había sido más que espectacular; había sido especial, pero tenía la impresión de que para Matthias había sido distinto.

—Estuvo bien —contestó.

—¿Que estuvo bien? —repitió él incrédulo—. Que te toque un premio en una rifa está bien; que te den un regalo que no esperabas está bien… Pero lo de anoche estuvo mejor que bien; fue espectacular.

Kendall no pudo evitar sonreír a pesar de todo.

—De acuerdo, sí, estuvo mejor que bien.

—Fue espectacular —insistió él.

—De acuerdo, de acuerdo: espectacular —claudicó ella finalmente para contentarlo.

Sin embargo, seguía sin saber si sentía algo hacia ella, y estaba segura de que si seguía por ese camino no conseguiría nada, así que tomó una ruta distinta. Necesitaba adentrarse en un terreno donde él se sintiera cómodo, un terreno que lo hiciese soltarse y hablar.

—Matthias… ¿puedes decirme algo más sobre mi nuevo puesto en Barton Limited?

Matthias frunció el entrecejo ante aquel radical cambio de tema.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Porque aún no me has dicho nada concreto.

Él carraspeó.

—Bueno, la verdad es que no puedo darte muchos detalles.

Ella asintió lentamente.

—Pero podrás decirme por lo menos en qué consistirá exactamente; cuáles serán las tareas que desempeñaré.

—Pues… va a ser algo que supondrá un gran reto para ti —comenzó él—. Tendrás muchas responsabilidades.

—¿Como por ejemplo?

—Eh… bien, pues… para empezar cada mañana te encargarás de realizar tareas de aprovisionamiento.

A Kendall se le cayó el alma a los pies.

—En otras palabras, que quieres que te lleve el café.

—No sólo el café —contestó él, como ofendido, cuando debería ser ella la que se sintiese ofendida.

—Oh, no claro, un bollo suizo también, o unas tostadas con mantequilla y mermelada —dijo ella con sarcasmo—. Es una gran responsabilidad, desde luego; continúa.

No era que no se estuviese imaginando qué otras responsabilidades tenía en mente Matthias; sólo quería cerciorarse antes de hacer la maleta y volver a San Francisco, aunque tuviese

que hacer autostop.

—Bueno, también te ocuparías de la adquisición de nuevas tecnologías.

—Ya. De comprar nuevo *software* para tu portátil, quieres decir.

—Estás simplificándolo demasiado.

—Perdona, es verdad; tienes razón. También tendría que hacer los trámites de la garantía de cada programa; eso también conlleva una gran responsabilidad.

Matthias la ignoró y prosiguió.

—También serías responsable de asegurarte de que nuestra empresa contribuye al desarrollo sostenible.

—En otras palabras, enviar a reciclar el papel, los cartuchos de tinta de tu impresora y cosas así —tradujo ella.

—Kendall, eso no es lo que…

—Mira, Matthias, no sigas; estás describiendo punto por punto el trabajo que hacía antes de presentarte mi dimisión.

—Está bien, sí, quiero que vuelvas a ser mi secretaria, pero te pagaré cuatro veces más de lo que te pagaba —le dijo él.

—¿Por hacer el mismo trabajo?

—Sí.

—¿Por qué?

Matthias no contestó de inmediato, sino que se quedó mirándola de un modo que Kendall no supo interpretar.

—Porque eres la mejor secretaria que he tenido; por eso —respondió finalmente.

Kendall cerró los ojos y suspiró hastiada.

—No quiero ser tu secretaria, Matthias —le dijo abriendo los ojos de nuevo—. Quiero ser una ejecutiva, quiero hacer cosas importantes, cosas que me hagan sentirme realizada.

—Pero es que soy incapaz de arreglármelas sin ti.

—Por supuesto que puedes arreglártelas sin…

—No —la cortó él con vehemencia—. Mira, sé cómo hacer mi trabajo, pero me fastidian todas las cosas mundanas, como tener que leerme los manuales de instrucciones de los aparatos que se supone que deberían hacerme la vida más fácil, o tener que aprender cómo funciona un nuevo programa que tengo que instalar en el ordenador.

—¿Y crees que a mí me encanta hacer esas cosas? —le espetó

ella—. ¿Que eso es lo único para lo que valgo?

—No me refería a eso.

Kendall sacudió la cabeza exasperada.

—Admítelo, Matthias, lo que pasa es que te crees más importante que yo y crees que tu trabajo tiene más valor que el mío. Pues te diré una cosa: todo el mundo es importante de una manera u otra, el trabajo de todas las personas tiene un gran valor —hizo una pausa para tomar aliento—. Yo soy una persona con capacidad para más cosas que llevarte el café y ajustar las opciones de tu agenda electrónica. Puedo llegar tan alto como tú y voy a hacerlo.

Capítulo 13

Matthias sintió que una sensación de pánico se apoderaba de él cuándo se dio cuenta de que Kendall iba a marcharse, y aquella vez de verdad. ¿Cómo podía pensar que su trabajo no era importante? Su trabajo era esencial. ¿Y cómo podía pensar que no la valoraba? Por supuesto que la valoraba. Para él significaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

Más que cualquier otra cosa en el mundo… Fue entonces cuando comprendió. No necesitaba a Kendall porque fuese la mejor secretaria que había tenido; no la necesitaba porque hiciese su vida más fácil. La necesitaba porque lo hacía feliz, porque lo era todo para él.

—Kendall, espera —la llamó cuando la vio apartar las sábanas a un lado y bajarse de la cama.

Ella lo ignoró y dio un fuerte tirón a la sábana para arrancarla del colchón y envolverse en ella.

—Kendall, tú no lo entiendes —le dijo levantándose de la cama también.

Tomó su batín azul de seda y se lo puso mientras la seguía al pasillo.

—Ya lo creo que lo entiendo; lo entiendo perfectamente —le espetó ella antes de entrar en el cuarto de invitados donde había dejado la maleta el día anterior.

Ni siquiera la había deshecho, lo cual significaba que no tendría más que vestirse y salir por la puerta, pensó Matthias frenético. No le quedaban más que unos minutos antes de que se marchara.

—No, no lo entiendes —insistió—. No puedes entenderlo porque yo no lo he comprendido hasta ahora mismo.

Kendall se giró sobre los talones y lo miró furibunda. Todo su

cuerpo temblaba por la ira.

—¿Qué es lo que no entiendo? —exigió saber.

Matthias abrió la boca para intentar explicarse, para intentar decirle todo lo que quería decirle: cuánto significaba para él, y no como empleada, sino como mujer, como persona; que no podía vivir sin ella, y no porque supiese ajustar las opciones de los teléfonos móviles y las agendas electrónicas que se compraba, sino porque llenaba el vacío que había en su interior. Sin embargo, todo lo que acertó a decir fue:

—Te quiero.

Kendall parpadeó y la expresión de su rostro se suavizó.

—¿Qué? —inquirió en un hilo de voz.

—Te quiero —repitió él.

Ella volvió a ponerse tensa.

—No te atrevas a decir algo así sólo porque quieras que vuelva a trabajar para ti, Matthias; no…

—Lo digo en serio, Kendall —la interrumpió él—. Ya sé, ya sé que todo el mundo piensa que no tengo corazón, pero nunca le diría algo así a una mujer si no lo sintiese de verdad.

Dio un par de pasos vacilantes, adentrándose en la habitación, y le infundió valor el hecho de que ella no retrocediera. Sin embargo, tampoco avanzó hacia él ni pronunció palabra.

—Hasta hace un momento creía que lo que quería era que volvieses a ser mi secretaria —le dijo—. Tú me conoces, Kendall; sabes que siempre he estado casado con mi trabajo. Nunca se me había ocurrido que pudiese haber nada más que me hiciese feliz. Soy un idiota —admitió—, pero no soy tan estúpido como para no aprender de mis errores. Sólo ahora me doy cuenta de que no importa qué trabajo hagas: ya sea volver a ser mi secretaria… o convertirte en la nueva directora del departamento comercial de Barton Limited.

Kendall lo miró con los ojos entornados.

—¿De qué estás hablando? El departamento comercial de Barton Limited ya tiene una directora: Michelle Valentine.

—Cierto, pero vino a verme hace una semana para decirme que está embarazada y que quiere dejar su puesto para criar a su hijo. Ha sido tan repentino que no he tenido tiempo siquiera de pensar en cómo voy a encontrar a alguien para un puesto así, pero creo

que ya tengo a la candidata perfecta. Me gustaría que tú fueses la nueva directora del departamento comercial.

Kendall se quedó callada y Matthias no supo si eso era una buena señal o una mala señal, así que decidió dar un salto de fe jugando su última carta.

—Sólo hay un problema —añadió.

Ella lo miró recelosa.

—¿Cuál?

—El reglamento interno de Barton Limited impide que dos empleados de la compañía se casen y sigan trabajando en ella.

Kendall lo miró con los ojos muy abiertos.

—Claro que los reglamentos pueden modificarse, y además yo soy el presidente de la compañía y puedo hacer lo que me plazca, qué demonios. En el caso, claro está, de que accedieras a casarte conmigo.

Fue entonces cuando se le ocurrió que Kendall nunca le había dicho que estuviese enamorada de él, ni de que sintiese nada por él.

—¿Estás pidiéndome que me case contigo? —inquirió ella.

Matthias asintió.

—¿Quieres decir que de verdad me quieres?

Él volvió a asentir.

—Más que a nada en este mundo.

Esa vez Kendall asintió también, lentamente, como si no estuviese asintiendo realmente, sino considerándolo. Por fin, después de lo que a Matthias le pareció una eternidad, le dijo:

—Entonces creo que deberíamos hablar de las condiciones.

Como la mujer de negocios que era, Kendall insistió en que se vistieran para continuar aquella conversación. Matthias accedió, y propuso que antes desayunaran también, así que cuando se hubieron vestido y hubieron desayunado, salieron al porche y se sentaron en el sofá de mimbre, el uno al lado del otro.

—Bueno, ¿por dónde quieres que empecemos? —le preguntó Matthias a Kendall.

Ella miró hacia delante con un suspiro y fijó la vista en el lago.

—Pues… estaba pensando que no es la primera vez que consideras esta posibilidad, y que antes de aceptar quiero

asegurarme de que, aunque no soy la primera mujer a la que le has hecho esta oferta, esta vez no se trata sólo de negocios.

Matthias frunció el entrecejo.

—Me parece que no te sigo.

Kendall volvió a suspirar y se volvió hacia él.

—Lauren Conover; ¿te dice algo ese nombre?

Matthias esbozó una media sonrisa.

—Ah, ya veo por dónde vas. En fin, supongo que quieres que te hable de aquello.

Kendall asintió.

—Estaba intentando decírtelo de un modo sutil, pero parece que el gen de la sutileza los hombres lo tenéis defectuoso.

Matthias se rió y se quedó mirándola un momento. El sol arrancaba destellos dorados del cabello rubio de Kendall, y el fresco aire de la mañana había teñido sus mejillas de un suave rubor. Toda ella parecía resplandecer. ¿Cómo no se había dado cuenta en aquellos cinco años de lo hermosa que era? ¿Cómo podía haber pensado, con ella a su lado todos esos años, que el trabajo era lo más importante?

—¿Matthias? —lo llamó ella con voz suave.

—¿Hmm? —inquirió él distraído.

—Ibas a hablarme de tu compromiso con Lauren —le recordó ella.

—Oh. Sí. Perdona —murmuró él—. En realidad fue idea del padre de Lauren —comenzó—. Una noche habíamos quedado para cenar, y estábamos hablando de la posibilidad de una fusión entre nuestras compañías. Entonces mencionó que su hija acababa de volver de París después de haber cancelado por tercera vez su boda. No con la misma persona; quiero decir que estuvo tres veces a punto de casarse, con tres hombres distintos, y las tres veces, en el último momento, acabó cancelando la boda.

—¿Había estado comprometida tres veces antes de comprometerse contigo?

Matthias asintió.

—De hecho, ésa fue la razón por la que se dejó convencer por su padre para comprometerse conmigo. Había llegado a dudar de su propio criterio en lo que se refería a los hombres, así que se dejó convencer cuando su padre le dijo que un matrimonio concertado

sería lo mejor.

—¿Y cómo te convenció él a ti? —quiso saber Kendall—. Nunca me has parecido la clase de hombre que dude de su propio criterio.

—Cierto —concedió él, aunque a ese respecto también había estado equivocado. En los asuntos del corazón su criterio, hasta ese momento, había resultado ser pésimo—. El caso es que Conover es un hombre muy persuasivo e hizo hincapié en lo ventajoso que sería unir a ambas familias además de nuestros negocios. Y dado que yo nunca había planeado casarme, casarme con Lauren tenía sentido.

—Alto, alto, alto —lo interrumpió Kendall—. A mí me parece que eso que acabas de decir no tiene ningún sentido.

—Eso es porque eres una mujer —la picó Matthias sonriendo—. El gen de la lógica inversa es un gen defectuoso en las mujeres, te lo aseguro.

—Ya.

—Verás, la lógica inversa funciona de esta manera: yo nunca había planeado casarme porque nunca creí posible llegar a enamorarme, así que no tenía sentido que me casase por amor. Casarme por negocios, en cambio…

—Ah, ya comprendo. Para ti, que eres un hombre de negocios, te pareció que casarte por negocios sí tenía sentido.

—Justamente. O al menos eso era lo que pensaba hasta ahora, antes de darme cuenta de lo que verdaderamente era importante. Supongo que nunca pensé que el matrimonio fuera algo tan maravilloso como quieren hacerte creer en las películas. De hecho, cuando uno se para a pensar en todos los divorcios que hay hoy en día… En fin, la cosa siempre se fastidia porque hay sentimientos de por medio, así que en cierto modo llegué a la conclusión de que un matrimonio de conveniencia en el que no había amor de por medio podría funcionar.

—¿Y Lauren qué pensaba?

—Bueno, en ese momento estaba de acuerdo conmigo. Como te he dicho, había estado comprometida tres veces, y las tres veces había estado segura de que estaba enamorada y no le había salido bien. Sin embargo, un día recobró el sentido y se dio cuenta de que estábamos a punto de cometer un error monumental.

—¿El día en que conoció a tu hermano Luke?

Matthias creyó que sentiría una punzada de celos, aunque nunca

había estado enamorado de Lauren, o que se sentiría furioso de nuevo por cómo su hermano se había hecho pasar por él y la había seducido, pero lo único que sentía era alivio de que Lauren hubiese parado aquello a tiempo y no se hubiesen casado.

—Sí. Se conocieron, se enamoraron y ahora van a casarse.

—¿Y tú cómo te sientes respecto a eso, respecto a que tu hermano vaya a casarse con la mujer con la que tú estabas planeando casarte?

—Bueno, Lauren es una mujer realmente maravillosa, y me alegro mucho de que haya encontrado por fin a alguien que de verdad la ame.

—¿Y también te alegras por Luke?

Matthias recordó la última vez que había visto a su hermano, lo angustiado y aterrado que Luke había, estado, creyendo que había perdido a Lauren. Le había ayudado a recuperarla, y aquélla debía de haber sido la primera vez en muchos que habían colaborado para conseguir algo. De hecho, se corrigió con una sonrisa, de hecho quizá hubiera sido la primera vez en sus vidas que habían hecho algo semejante.

—Sí, me alegro por Luke —respondió finalmente—. Un día de éstos tengo que hacerle una llamada. Me gustaría empezar a tender puentes con él, algo que debería haber hecho hace años. Y también quiero preguntarle si no le importaría ser el padrino en la boda. En la mía, quiero decir, no en la suya —luego contuvo el aliento antes de añadir—: En el caso de que esa boda llegue a celebrarse.

Kendall lo miró a los ojos durante un largo rato. Matthias no sabía qué estaba buscando en ellos, pero cuando la vio sonreír se dijo que fuera lo que fuera debía de haberlo encontrado. No era una sonrisa muy amplia, pero era una sonrisa al fin y al cabo, y dio a Matthias esperanza.

—¿Cómo que tu boda? —le espetó divertida—. Digo yo que a tu lado en el altar tendrá que haber alguien más, ¿no?

Matthias se rió.

—Eso espero; si no, no será una boda.

—¿Y estás seguro de que quieres casarte? ¿No te entrará el pánico luego, como a esos hombres que piensan que el matrimonio es como si le echaran a uno una soga al cuello?

Matthias volvió a reírse.

—Yo aquí, con el corazón en la mano, y tú no haces más que picarme.

Kendall tomó su mano, la abrió y escudriñó la palma, como buscando algo.

—Yo no lo veo por ninguna parte —le dijo alzando el rostro con una sonrisa traviesa en los labios.

Matthias la agarró por debajo de los brazos y la levantó para sentarla en su regazo.

—Te quiero, Kendall —le dijo mirándola a los ojos.

—Y yo a ti —murmuró ella con una sonrisa.

—¿Lo bastante como para casarte conmigo?

—Mientras no sea un matrimonio de conveniencia…

Matthias la besó una, dos, tres veces… y luego apoyó su frente contra la de ella.

—No. En este matrimonio sólo habrá cabida para el amor, la comprensión y el respeto —le dijo—. Te quiero, Kendall Scarborough.

—Y yo a ti, Matthias Barton.

—¿Te casarás conmigo?

Kendall asintió.

—Pero tienes que prometerme que no dejarás que nadie excepto yo ajuste las opciones de tu agenda electrónica.

Matthias se rió y la besó de nuevo en los labios.

—Hecho.

Aquel trato que acababa de hacer era el primero que enriquecería su vida personal en vez de su vida profesional. A partir de ese día ya no sería un hombre casado con su negocio; iba a casarse por amor.

La vida era maravillosa, se dijo mientras inclinaba la cabeza para besar a Kendall de nuevo; y a partir de ese día, lo sería aún más.

Epílogo

—Háblame más de esta fotografía —le pidió Kendall a Matthias.

Estaban los dos en el rellano de la escalera, frente a la fotografía de «los siete samuráis». Era su último día en la cabaña y acababan de hacer su última ronda por la casa para asegurarse de que no se dejarían nada atrás.

Bueno, dejarían atrás un montón de buenos recuerdos, pero se los llevarían a San Francisco con ellos en su corazón, se dijo Kendall.

Los dos estaban vestidos con vaqueros y camisetas, todo un contraste con los trajes que llevarían el lunes, cuando volviesen al trabajo.

Se le iba a hacer raro estar en un despacho en una planta distinta a la planta en la que estaba el despacho de Matthias pero al menos estarían en el mismo edificio y podrían verse a la hora de la comida.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero que me hables de los otros «samuráis». Me has hablado de Hunter, pero no de los demás. ¿Cuál de todos es Ryan?

Matthias enarcó una ceja.

—¿Cómo sabes el nombre de Ryan?

—Por la nota que hay en el corcho del estudio.

Matthias sonrió.

—Estaba sobre el escritorio el día que llegué —le explicó—. Sin duda Ryan sabía que el estudio sería el primer sitio donde iría una vez me hubiese acomodado. La puse en el corcho, entre las fotografías, porque me pareció que no me vendría mal verla de vez en cuando mientras estuviera aquí para reírme un poco. Aquello que puso sobre lo de encontrar a la mujer de tu vida… —murmuró

con una risita tonta.

—Oye, oye, ¿qué tiene eso de malo para que te dé la risa?

Matthias sonrió.

—Bueno, tienes que admitir que la mujer de mi vida no se mostró muy dispuesta a cooperar en un principio.

Kendall lo miró boquiabierta.

—¿Qué? —le espetó él para picarla—. ¿Qué dirías tú de una mujer que te abandona a tu suerte cuando no puedes arreglártelas sin ella?

—¡Pero si me despediste!

—Tú acababas de presentarme tu dimisión.

—Sí, pero no tenía intención de dejarte a tu suerte; te di dos semanas de preaviso. Pero tú preferiste despedirme en el acto —le recordó ella—. Lo habría dejado todo atado y bien atado si no me hubieses echado con cajas destempladas.

Matthias ignoró sus protestas y continuó, con una sonrisa cada vez más amplia.

—¿Y qué dirías tú de una mujer que se niega a volver a trabajar para ti cuando se lo pides no una, ni dos, sino hasta tres veces, y pagándole cuatro veces más de lo que le pagabas?

—Era un trabajo que no quería —replicó ella—; ¿por qué iba a querer volver?

—¿Y qué dirías tú de una mujer que te hace sentir cosas que jamás habrías creído que pudieses sentir, que te hace cuestionarte todo lo que hasta ese momento habías creído cierto, lo que pensabas que eran verdades universales?

Kendall se rió.

—Esas verdades universales a las que habíais llegado con respecto a las mujeres cuando estabais en la universidad… —le dijo recordando lo que Ryan había escrito en su nota—. Siento decírtelo, pero estoy segura de que a esa edad no entendíais nada de mujeres.

—Seguimos sin entenderlas —le confesó él riéndose.

Kendall sacudió la cabeza.

—Bueno, ¿vas a hablarme de los otros «samuráis», o no? —insistió.

Matthias suspiró y se volvió hacia la fotografía, pero esa vez no había tristeza en sus ojos.

—Éste es Ryan —dijo señalando al joven que estaba en el

extremo derecho del grupo—. Estuvo aquí el mes pasado y conoció a una mujer llamada Kelly Hartley, que según tengo entendido es quien decoró esta casa. Están comprometidos y van a casarse.

Kendall sonrió al oír eso.

—Este otro… —continuó Matthias señalando al joven que estaba al lado de Ryan en la foto—… es Nathan Barrister. Fue el que pasó el primer mes en la cabaña. Se ha casado con la alcaldesa de Hunter's Landing.

—¡Madre mía! —exclamó Kendall riéndose—. Debió de ser un flechazo.

—Bueno, Nathan siempre ha sido de esas personas que tienen muy claro lo que quieren y hacen lo que sea para conseguirlo —le explicó él—. Y éste es Devlin Campbell —continuó señalando al siguiente joven—. Devlin siempre fue el más responsable del grupo… y lo sigue siendo. Acaba de casarse con una mujer a la que dejó embarazada… pero no es que vayan a casarse por eso —se apresuró a añadir—. Ryan tenía razón con eso de «la guarida del amor». Dev conoció a Nicole, la que ahora es su esposa, porque ella trabajaba en un casino cerca de aquí.

—Hmmm… Y Luke conoció a Lauren porque ella vino aquí buscándote a ti, ¿no es cierto?

Matthias asintió.

—Así es.

—Pues sí que va a ser verdad que es «la guarida del amor» —dijo ella riéndose—. ¿Y quién es éste? —inquirió señalando al único joven de la fotografía que faltaba por nombrar.

—Ése es Jack Howington. Es un tipo interesante. Estuvo en las Fuerzas Especiales, pero ahora trabaja en una consultoría. Ayuda con sus conocimientos a la gente que tiene negocios en lugares peligrosos del mundo.

—Vaya, sí que parece interesante.

—Estará aquí durante el mes siguiente.

Kendall estudió a aquel hombre en la fotografía. Era, al igual que el resto de los miembros del grupo, muy atractivo, pero mientras que los demás estaban sonriendo, él parecía un poco más reservado; incluso algo misterioso.

—Me pregunto cómo será su experiencia aquí —dijo.

—También yo —murmuró Matthias—. Y eso me recuerda que

tengo que dejarle una nota como hizo Ryan conmigo.

Kendall lo siguió al estudio. Una vez allí, Matthias se sentó tras el escritorio, sacó una libreta de un cajón, tomó un bolígrafo y comenzó a escribir con Kendall de pie a su lado, curiosa por saber qué iba a poner.

Querido Jack:

Cuando leí que Ryan llamaba a este lugar en su nota «la guarida del amor», mi primera reacción fue reírme. Pero ahora que lo pienso, empiezo a creer que el nombre es bastante apropiado. Oh, y tenía razón cuando escribió que estábamos equivocados en las conclusiones a las que llegamos sobre las mujeres cuando estábamos en la universidad. ¿Te acuerdas? Pues ya puedes ir tachándolas. No sabíamos nada de las mujeres.

Kendall sonrió y continuó leyendo.

En cuanto a mí, esto es lo que he aprendido durante mi mes en esta cabaña: el trabajo no es lo más importante, como yo siempre había creído. Hay cosas muchos más importantes. Si tienes la suerte de encontrar a la mujer adecuada, de encontrar el amor, no lo dejes escapar. Llena muchísimo más de lo que el trabajo te podrá llenar jamás.

Que pases un buen mes, chaval.

Kendall lo vio vacilar un instante antes de firmar «Matt» y levantarse para colgar la nota en el corcho.

—«Matt»… —repitió ella en voz alta—. Cuando vi ese diminutivo en la nota de Ryan no podía imaginarme a nadie llamándote así, pero la verdad es que sí te pega.

—Nadie excepto mi familia y mis amigos más íntimos me ha llamado nunca así —le dijo él. Luego, tras vacilar de nuevo, le preguntó— ¿Te gustaría llamarme así tú también?

Kendall no vaciló en absoluto.

—Sí que me gustaría… Matt.

Se puso de puntillas para besarlo, y luego bajaron juntos. Las maletas estaban en el coche, la cabaña estaba vacía. Habían dejado las llaves en la cocina, como le había pedido la guardesa a Matthias

que hiciera.

Mientras cerraban la puerta detrás de ellos al salir, Kendall se dijo que no debería sentir se triste, que dentro de un par de meses volverían y conocería a los amigos de Matthias… no, de Matt, se corrigió mentalmente.

Ahora él era parte de su vida, y ella de la de él. No, a partir de ahora serían uno solo, y así era como debía ser.

Fin



ELIZABETH BEVARLY, nació en Louisville, Kentucky,
EE. UU
. En 1983, obtuvo una licenciatura con honores en Inglés por la Universidad de Louisville; después estuvo trabajando en diversas ocupaciones, incluyendo la de asistente editorial para una revista médica.

En 1989, publicó su primera novela, y desde entonces ha continuado escribiendo y tiene más de 55 novelas románticas publicadas. Elizabeth se casó con un miembro de la Guardia Costera, y tubieron un hijo en 1995. Debido al trabajo se su marido ha residido en Puerto Rico, y en diversos estados, aunque ahora está de vuelta en su Kentucky natal.